

Liberado (en revisión)

Hijo de Cornelius



Image not found.

Capítulo 1

Los eventos relatados de cada personaje no son necesariamente contemporáneos o están ordenados de manera cronológica.

El Santo

Un silencio incomodo ocupaba aquel recinto; un silencio sepulcral que se interrumpía solo de vez en cuando con sonidos lejanos. El leve chirriar de metales unos con otros, tal vez provenientes de algún molino que sacaba agua a ritmo cansino cuando tenía la suerte de que el viento soplara.

El lugar era frío a pesar del calor de afuera, y el olor a humedad lo inundaba todo, olor a moho pesado y penetrante. En un principio se había mantenido cerca de la ventana para poder respirar el aire fresco de afuera, pero su nariz ya se había acostumbrado y aquel ambiente ya no le molestaba.

Cansado de caminar en círculos, eligió recostar su espalda en el rincón más lejano a la puerta de la celda; « Si tan solo hubiese logrado hablar con William... » meditó con amargura.

Un repentino aleteo surgió de la ventana como la explosión del trueno en medio de una tormenta. Se encontraba tan compenetrado con sus pensamientos que no había notado la presencia de la paloma. Se lamentó de verla partir, de haberla notado antes tal vez hubiese podido capturarla para intentar enviar un mensaje.

Sintió que algo se rompía dentro suyo que lo llevo a simplemente respirar hondo y mirar el suelo, era su espíritu quebrándose. Se había cansado de luchar contra su destino. Ya hacia un buen rato que se encontraba completamente resignado y sin fuerzas.

Dejó deslizar su espalda hasta quedar sentado en el suelo. No había elegido aquel rincón para sentarse, era el rincón más oscuro, el más frío, el más húmedo, el más lejano a la puerta. Sin embargo se sentía en el lugar indicado, pertenecía a aquella oscuridad.

« Si tan solo hubiese logrado hablar con William... »

Desde aquel rincón observó el catre sobre el que no había logrado dormir una sola noche. Intentó recordar cuantas noches pasaron desde que lo trajeron, pero no pudo contarlas con precisión. Tal vez fueran tres, o cuatro. En su recuerdo sentía que habían sido no menos de cien. El

pensamiento no le ocupó mucho tiempo, pronto lo sabría, no tenía sentido esforzarse en recordarlo.

Observó los barrotes que había intentado doblar y romper sin éxito en su primer intento de escape, sus brazos aún le dolían de aquel esfuerzo. Había luchado contra los barrotes hasta quedar completamente exhausto.

La pared a los pies del catre, ese había sido su segundo intento. Le había parecido la zona más débil de la celda, pero sus manos no habían sido herramienta suficiente para lograr abrirse paso al aire libre. Se había debatido contra aquel muro hasta lograr que sus manos sangren y perder varias uñas.

Miró con detenimiento sus manos rotas, de alguna manera el fuerte ardor que sentía en sus manos y el dolor en los brazos le provocaba cierto grado de placer ya que le hacían olvidar el dolor del pecho donde lo habían marcado con un hierro caliente antes meterlo en la celda.

Su boca por otra parte se sentía simplemente adormecida.

« Me la jugaron bien y perdí » reflexionó con tristeza infinita. « Si tan solo hubiese logrado hablar con William... »

Lo habían llevado a un lugar lejano donde nadie lo reconocería.

La ley era clara y simple en todo Liberado " El robo se paga libertad y la muerte con muerte".

El juicio había durado lo que un suspiro. Las pruebas eran claras y no daban lugar a dudas, menos aún proviniendo de un hombre de tan buena reputación. « Se aseguró de que nadie pudiera defenderme » pensó al tiempo que levantaba la cabeza para mirar un punto en el infinito, mucho más alto que el techo de la celda. « Si tan solo hubiese logrado hablar con William... »

La jugada en su contra había sido planeada con precisión, todo se mantendría en secreto y ya nadie podría encontrarlo.

Desde que lo arrojaron en aquella celda nadie había ido a visitarlo, ni siquiera el guardia que tenía ordenes de no dejar que nadie se acercara « Me la jugaron bien y perdí ».

Le habían dejado algo de pan y un balde con agua para que bebiera, pero el estado de su boca le había impedido ingerir más que apenas unos pequeños sorbos.

Observó a un pequeño roedor que le mordisqueaba la suela de su bota. Eran sus mejores botas, sus botas nuevas. Las que usaría en ocasiones

especiales, cuero negro con ribetes de plata. Otras veces la había espantado de la celda para que no comiera de su pan, pero ya no tenía energía para eso y la rata prefería ahora el cuero al pan viejo y mohoso.

Había bautizado a aquel roedor, que era su única compañía, bajo el nombre de Ernest. En un principio, con tan solo un gesto brusco huía despavorido. Eso había quedado atrás, Ernest parecía ya no tenerle ningún miedo. La observó un momento, movió un poco el pie de la bota que mordisqueaba, pero si Ernest lo notó no hizo ademán alguno. « Has ganado ... » reflexionó con resignación. La rata se detuvo, como si pudiera leerle la mente, lo observó curioso inclinando su cabeza a un lado, luego prosiguió con su festín de bota.

— Taaan!!... — comenzaron a sonar las campanas — Taaan!!... —.

Él ya sabía cuantas campanadas iban a sonar, lo venía esperando desde la última vez que las había escuchado. Habían sido cuatro, las contaba con atención, por lo que esta vez sonarían cinco campanadas y sabría con seguridad cuantos días llevaba encerrado. — Taaan!!... — A lo lejos se escuchó una reja abrirse y pasos que se acercaban. « Cuatro... » supo al instante al momento que se le escapaba una lágrima y corría por su mejilla. — Taaan!!... —.

El guardia volvió a trancar la puerta de la celda y se retiró tras dejar entrar al reverendo quien ya se acomodaba sentado en el catre. — Taaan!!... — sonó la última campana.

Sintió la mirada lastimosa del reverendo y levantó la vista en busca de un rostro piadoso. En sus ojos vio reflejada la lástima y misericordia, el rostro que siempre tienen los reverendos, compasión cargado de cierto aire de superioridad. Se dio cuenta de que pertenecían a mundos muy distintos y el reverendo lo tenía bien claro. El reverendo pertenecía al cielo, a la religión, a lo celestial, a lo puro y bueno, mientras que por otro lado él pertenecía al rincón, húmedo, frío y solitario de aquella celda.

Volvió a buscar con la mirada a su compañero de celda, pero se había esfumado en el momento en que escucho la celda abrirse. Ernest no era su compañero de celda, él podía entrar y salir a su antojo. Nunca antes había sentido una soledad tan grande como la que sintió en ese instante. Por un momento tuvo el sentimiento de querer ser una rata, libre y sin preocupaciones.

— Buenas tardes hijo... — dijo el reverendo. A pesar de su amargura no pudo evitar que se le dibujara una mueca de una media sonrisa en el rostro « este reverendo es un imbécil », el pensamiento había salido disparado junto con la mueca de sonrisa al instante que el reverendo pronunciaba el ridículo saludo. El sabor de la injusticia se le atracaba en

medio de su garganta.

— Oh Dios! Señor de Poder y Misericordia, tu que conoces los secretos de los corazones humanos, sabes en cual de ellos hay maldad y en cuál no, sabes quién es inocente y quién es culpable, y sabes en cuál de ellos hay arrepentimiento y cuál sigue lleno de soberbia y maldad, escucha esta oración por Melvin Doe y muestra tu más grande misericordia para que se vean aliviados sus sufrimientos, dándole paciencia y esperanza, hasta que llegue el momento de volver a casa... — exclamó el reverendo de manera solemne y celestial.

Luego de escuchar esas palabras miró un instante a los ojos al reverendo e hizo un chasquido con su boca al tiempo que volvía a mirar el suelo con resignación.

— Se que has perdido tu lengua hijo — continuó el reverendo —, pero el señor puede oír tus pensamientos. Todos merecen tener la oportunidad de volver al camino del bien y de la Fe. El arrepentimiento te traerá paz. — por un momento hubo silencio y solo se escuchó el sonido del viento, que en ese instante empezaba a soplar más fuerte.

— A lo mejor, hijo mio, pueda cumplir tu última voluntad, el señor siempre está dispuesto a escuchar. — dijo el reverendo al momento que cerraba su libro de oraciones, mientras que él continuaba con la mirada clavada en el piso, sabía que ya nada lo salvaría, no había nada para hacer.

« Esto se debe saber » pensó en un ataque de desesperación. Buscó entre los trozos de pared que había logrado romper con sus manos cuando había intentado escapar y comenzó a escribir en el suelo "Llévame con William Clark".

— Temo que lo que pides es demasiado, no puedo ayudarte; Piedra Sola está demasiado lejos de aquí y temo que la hora de tu sentencia ha llegado — Dijo el reverendo al tiempo que se ponía en pie. — Nuestro tiempo se ha acabado — dijo finalmente y pidió al guardia que abriera la puerta.

« El tiempo terminó, el reverendo vendría en el cuarto día. Es hoy. » Pensó con amargura y desesperación. La sentencia dicta que pasadas las cinco horas del cuarto día la horca sería el destino de Melvin Doe. « Me la jugaron bien y perdí ».

Dos de los guardias que esperaban afuera entraron a la celda y lo levantaron tomándolo uno de cada brazo como si de un saco de papas se tratase. Se sintió tan liviano como un niño pequeño, sin energía suficiente

como para resistirse.

A pesar de que se trataba de una celda, y hacía tan solo cuatro días que se encontraba ahí, sintió algo similar a ser arrancado de su hogar y en el momento de atravesar la puerta su corazón se aceleró de golpe perdiendo total control sobre sus pensamientos. El terror invadía su cuerpo.

Cerro los ojos con fuerza al tiempo que lo arrastraban por el pasillo, al cerrarlos se le representó una viva imagen de su hogar. El viento movía los pastizales, los animales pastaban con tranquilidad en el horizonte. El granero. La torre norte llena de aves y los rostros de sus hijos sonriendo. Su esposa. « Quisiera despertar de este horrible sueño! » pensó desesperadamente en medio de un mar de pensamientos sin principio ni fin.

Volvió a abrir los ojos con la esperanza de despertar en su cama, pero seguía avanzando por el pasillo de aquel cruel lugar. Sus ojos se llenaron de lágrimas al recibir los primeros rayos de sol al salir de la cárcel y pronto se descubrió llorando a mares en contra de su voluntad.

Se culpaba por llorar, él que siempre había sido un hombre fuerte y duro. Pero en esta ocasión no logró controlar sus lágrimas. La impotencia solo le provocaba gritar balbuceos sin control, no había nadie ahí que quisiera oírlo realmente, nadie que lo conociera, nadie podría comprenderlo. Las miradas a su alrededor dejaban en claro que para esa gente, él tan solo representaba a un asesino violento al borde de la demencia provocada por la imposición de la justicia.

La muchedumbre se agolpaba al rededor del cadalso donde lo esperaba la horca y su verdugo. El morbo de la gente lo aterrorizaba tanto o más que su destino. ¿Que hacen ahí? ¿Que es lo que esperan ver?. Están ahí para presenciar un acto de justicia, o lo que desean ver en el fondo, es un acto de muerte. La gente inescrupulosa de aquel lugar solo busca experimentar en carne propia la sensación de poder de provocar su muerte. Lo que había empezado siendo terror por esa gente se fue transformando rápidamente en asco y repulsión.

Al llegar al pie del cadalso pudo ver a Ernest corriendo a esconderse debajo de una tabla. Tal vez se tratase de otra rata, de una rata cualquiera, pero para él no había dudas de que era Ernest. Calmo su respiración y dejó de sollozar por unos instantes. « Maldita rata traidora! » pensó con rabia.

Los guardias lo situaron en su posición y ajustaron la soga a su cuello. El encargado de hacer cumplir la ley del lugar se acercó;

— Melvin Doe, es mi responsabilidad cumplir con su sentencia debido al grave delito de asesinato. Es por eso que en cumplimiento de la ley de

Liberado, me corresponde preguntar si es que quiere expresar sus últimas palabras. Este es el momento —

La burla no había sido expresa por el verdugo, pero no hizo otra cosa que provocar que sus ojos explotaran en lágrimas. La impotencia que sentía era infinita y la rabia le subía por el cuello y aumentaba la temperatura de su rostro. El verdugo había leído el mismo dictamen que leía a todos los condenados sin percatarse de que él no tenía lengua con que pronunciar sus últimas palabras « El mundo es ridículo ».

Respiró hondo buscando calmar su corazón. Buscando paz. Miró a la cara de las personas que se habían agolpado para ver el horrendo espectáculo. El sol en el horizonte. Los caballos que tomaban agua pacíficamente del abrevadero. « Si tan solo hubiese logrado hablar con William... ».

Entre el público, encontró la cara del reverendo que lo miraba directo a los ojos. « Llévame con William Clark » pensó desesperadamente con la esperanza de que el reverendo pudiese leer sus pensamientos. Para su sorpresa el reverendo le dedicó un gesto de asentimiento que dejaba en claro que comprendía su última voluntad.

« Espero cumplas con tu promesa » pensó encontrando un poco de paz en el momento en que la trampa del cadalso se abrió de un golpe dejándolo caer al vacío. Los pataleos dieron paso a violentos espasmos y ruidos repugnantes.

« Me la jugaron bien y perdí... » Pensó finalmente al tiempo en que todo se volvía oscuro.

Capítulo 2

Clay

— Bruuum!!!!... — El estruendo del relámpago lo tomó por sorpresa provocándole soltar la cuchara y salpicar la mesa.

— Ten más cuidado hijo... — reprendió dulcemente su madre.

Las tormentas no le gustaban, pero lo que más le molestaba era la vergüenza que sentía por asustarse. Ya no era un niño pequeño como para sentir miedo por una simple tormenta. Habían pasado ya más de quince días desde su quinto cumpleaños. Se reconfortó mirando bajo la mesa donde habían buscado refugio los perros.

— Fue culpa de Kala que se asustó y golpeo mi silla. — mintió Clay bajo la cómica mirada de su madre que le hacía saber que su mentira no llegaría lejos.

Kala nunca había mostrado nervios frente a una tormenta y esta vez no era diferente. La perra alzó la cabeza con aburrimiento para mirarlo y se recostó hacia el otro lado para retomar su sueño.

— Debiste culpar a Rino. Hubiese sido más convincente. — observó su madre.

Clay sintió que la temperatura de sus cachetes aumentaba, sabía que se verían de color rojo. De lo que no estaba seguro es si era debido a la vergüenza de ser descubierto en la mentira o al enojo que le provocaba lo tonta que había sido.

Su madre tenía razón, el cachorro se había pasado ladrando y aullando inquieto desde el primer trueno y ciertamente estaba mucho más nervioso que Kala que parecía solo importarle su sueño de huesos.

Batuque era el más impredecible de los tres. En momentos se ponía nervioso, aunque no hubiera truenos, y en otros momentos en que la tormenta desataba toda su furia, no se preocupaba y lucía tan pacífico como Kala. Según Jesse, dice que se debe a que está perdiendo el sentido del oído y eso lo desorienta. Pero Clay pensaba diferente, le gustaba pensar todo lo contrario, para él, el sentido del oído de Batuque era mucho más agudo que el del resto de los perros y por eso oía cosas que el

resto no podía percibir.

— Quiero ir con ustedes. — Insistió Clay, con la esperanza de que esta vez la conversación sea diferente.

— Irás con tus padrinos. — dijo su madre con el ceño fruncido, bastante más marcado que la última vez que se habló del tema. Ya no había lugar para discusión. A la mañana emprendería el viaje a la casa de sus padrinos junto a su hermana y Jesse.

La idea de ir a pasar un tiempo con sus padrinos no le disgustaba del todo, la casa quedaba cerca de las montañas donde siempre habían lugares por descubrir. Normalmente una vez al año visitaban a sus padrinos y resultaban días repletos de aventuras y diversión, pero esta vez sería diferente.

— Carl, convence a madre de que me deje ir con ustedes. — Su hermano, que hasta ese momento no había participado del asunto, lo miró un instante pensativo.

— Necesitamos que te quedes, cuides a Margaret y ayudes al tío Roy. Además, debes prepararte y estar listo para cuando necesitemos de tu ayuda. Eres nuestro respaldo. — Clay sabía que esas palabras solo las decía para convencerlo de ir con sus padrinos, es lo que siempre hacía Carl. Primero le decía que tenía el trabajo más importante y luego siempre terminaba al lado de su hermana sin hacer nada. Le decían que él debía cuidar de su hermana, pero bien sabía que era su hermana la que cuidaba de él. Otras veces había creído en la mentira, pero no ahora, ahora ya es grande, quince días desde su quinto cumpleaños. « No importa, es mejor creerlo así » pensó Clay al tiempo que devolvía a su hermano un gesto de asentimiento, y mientras lo hacía, se convenció de creer realmente las palabras de Carl.

Al día siguiente había tenido que levantarse más temprano de lo habitual para comenzar los preparativos del viaje.

— Vamos niño! Termina de cargar de una vez!... — dijo Jesse con voz áspera.

— Sería más rápido si me ayudas — replicó Clay molesto por la reprimenda.

— Hahaha!!... Termina con esto y voy a ayudarte niño. — respondió Jesse

luego de que su risa atrajera la atención del resto.

No era justo. Jesse viajaría con él y Margaret a lo de sus padrinos, sin embargo solo Margaret lo ayudaba a cargar su carruaje, mientras que Jesse había comenzado desde temprano a cargar el carruaje para el viaje de su madre. Por otro lado William y Carl eran los encargados de preparar los caballos.

La mañana había comenzado en silencio. La tormenta de la noche anterior se disipaba y la lluvia había convertido el patio en un lodazal. Nadie hablaba con nadie, todos hacían su trabajo en silencio. Más tarde Clay no recordaría el momento en que terminaron de cargar el carruaje, la tarea había parecido interminable.

La mayor parte la ocupaba la ropa de Margaret que a su parecer resultaba demasiado excesivo. Luego la ropa de él y de Jesse que juntas, y sumándole los arneses y arreos extra para los caballos y algunas herramientas que llevaban por si hacían falta, recién ahí lograban igualar el volumen de la ropa de Margaret. Por último las provisiones para el viaje, algo de carne en salazón por si no lograban cazar, y agua.

No hacían falta demasiadas provisiones, la casa de sus padrinos estaba solo a tres días de viaje, tal vez cuatro considerando que el carruaje iría más cargado de lo acostumbrado y eso les significaría avanzar más lento.

Clay no había prestado atención hasta ese momento de lo pequeño que se veía su carruaje en comparación con el que llevaría su madre. Había cargado el carruaje más grande que tenían que rara vez se utilizaba. El tamaño era de al menos el triple que el suyo y además habían cargado un carruaje extra solo para provisiones.

Una vez finalizadas sus tareas y pronto para el viaje, Clay corrió a los establos a encontrarse con Lord Shannon. William y Carl lo habían bañado y cepillado y ya estaba listo para viajar. A su padre no le había causado ninguna gracia el nombre que eligió para su caballo. Días antes de que eligiera el nombre el abuelo Ronnie le había contado una historia sobre como era el mundo, donde había muchos Lords y Caballeros que vivían sus vidas de acuerdo a antiguas costumbres. Francamente no pudo retener la mayor parte de la historia de como los antepasados de la familia Shannon habían llegado a Liberado. Pero la idea del título de Lord como una figura de mucho poder había quedado grabada en la mente de Clay, así que cuando la yegua dio a luz al potrillo que su padre había dicho que sería para él y que por tanto era su responsabilidad darle un nombre, no se le ocurrió mejor nombre que el de Lord Shannon.

Cuando lo pronunció por primera vez su abuelo había soltado una carcajada tan grande que ahuyento a los perros y hizo sonreír a su madre y hermanos. Pero su padre no sonrió y dijo que debía cambiarle el

nombre. El primer día Clay se aburrió de pensar nombres, nada le parecía más adecuado que el que ya había pensado.

El segundo día ni siquiera se molestó en pensar nuevos nombres, y al observarlo desde la portera moverse con pasos torpes para amamantar pensó « Si no es Lord Shannon no será ninguno, te llamarás caballo igual que el resto. ».

Pocos días más tarde el abuelo Ronnie no despertó. Luego del funeral donde todos rindieron sus homenajes, la familia se reunió en torno a la mesa para almorzar, no sin que antes padre dijera unas palabras que Clay recordaba bien; — Hoy despedimos al abuelo Ronnie, pero su recuerdo debe vivir por siempre en nosotros, sus enseñanzas, su sabiduría, su risa y su amor... No debemos olvidar su sepulcro. Seguiremos acudiendo a él para visitarlo, honrarlo, recordarlo y presentarle nuestro respeto. De esa forma, vivirá por siempre a nuestro lado. —. Tras la oración el silencio volvió a ocupar la sala. — ¿ Puede Lord Shannon visitarlo más tarde ?... — La pregunta había salido de Clay de manera inconsciente y automática olvidando que el nombre disgustaba a su padre.

Toda la familia lo observó paralizada, como si hubiese dicho una de las palabras prohibidas de las que Jesse dice todo el tiempo y que a veces se le escapaban a William o a padre. Su padre lo miró un momento con mucha seriedad. La tristeza aún se reflejaba en sus ojos. De pronto una mueca comenzó a dibujarse en sus labios y comenzó a reír, una risa extraña para Clay, una risa que se entre mezclaba con lágrimas. — Lord Shannon debe visitarlo más tarde — dijo su padre cuando logró contener la risa. — Presentará sus respetos al igual que el resto de nosotros ha hecho — continuó mientras sacudía y despeinaba la cabeza de Clay dejándole por de más en claro que había aceptado el nombre.

— Veo que también te han estado torturando con el cepillo. — dijo Clay en voz baja a su caballo a quien, al igual que a él, no le gustaba que le desenredaran el pelo.

Hacía poco que había comenzado a montarlo, desde que era grande hace quince días. Al principio le costaba mantenerse estable sobre la montura, pero quince días habían sido suficientes para acostumbrarse a cabalgar.

— Estamos listos, ¿necesitas ayuda para subir? — Preguntó William que ya estaba sobre su montura. — Puedo solo. — Replico Clay. No quería que lo tomaran por un niño incapaz. — Te espero en la portera para despedirnos entonces. — William pico espuelas hacia la portera donde se encontraban los carruajes esperándolos. Clay subió a su montura, con la dificultad que le supone a un niño de cinco años y quince días, y cabalga para unirse al resto.

Al llegar pudo oír como madre daba las últimas instrucciones a Margaret de como debía portarse y si fuera necesario debía reprenderlo.

— Hijo debes hacer caso de lo que diga tu hermana — dijo su madre al ver que Clay se aproximaba. — Jesse confió en que cuidarás bien de ellos — continuo girando su mirada hacia Jesse quien ya se encontraba preparado para conducir el carruaje de provisiones.

— Me ha tocado la parte más fácil, puede estar tranquila, en cambio ustedes deben estar alerta. No duden en pedir ayuda si así lo necesitan estoy seguro de que Roy pondrá con gusto a sus hombres al servicio. — dijo Jesse con una seriedad que Clay nunca había visto en su rostro.

— Eso espero — replicó su madre. — Comenzaremos la búsqueda por “Los Feos”, es el último lugar donde tuvimos noticias de él — continuó.

— Que tengan mucha suerte, y esperemos que la búsqueda termine pronto — deseó Jesse. Su madre hizo un gesto de asentimiento.

— Vamos niños! — dijo Jesse poniendo en movimiento el carruaje en dirección oeste, camino a la casa de Roy. Carl movió el otro carruaje en dirección opuesta.

William se acercó en su caballo antes de partir. — Nos veremos pronto, y espero que para ese entonces tengas muchas historias para contarme. Llévate esto para el viaje — dijo su hermano al momento que se sacaba su sombrero y lo ponía en la cabeza de Clay.

— No lo pierdas, lo quiero de vuelta a mi regreso! — gritó mientras picaba su yegua para alcanzar a su grupo.

— No lo voy a perder!! — gritó Clay finalmente, enfadado porque siempre lo tomen por un niño descuidado y torpe.

Capítulo 3

William Clark

El granero de William Clark nunca había estado tan repleto de gente. Se había parado sobre fardos de alfalfa seca para elevarse sobre el resto y poder hacer llegar su voz a todos. El pueblo entero de Piedra Sola lo rodeaba. La noche era perfecta. Se concentró mirando un punto fijo y poniendo un momento en blanco su mente. No quería que sus nervios se traslucieran a través de su voz. Hoy debía lucir más duro y fuerte que nunca.

— El último año nos hemos visto obligados a tomar el trago amargo de la injusticia y hemos vivido con la garganta anudada.

Nos hemos visto privados de conciliar el sueño por las noches. Y esas noches, en las que logramos dormir derrotados por el cansancio, a la mañana siguiente despertamos temerosos de haber sido saqueados nuevamente.

Seis veces pedimos ayuda a nuestro Lord y las seis veces la ayuda nos ha sido negada alegando que el reino tiene mayores asuntos que atender. Nos ignoran, Liberado es la tierra que el reino decidió olvidar y lo hemos comprobado. Estamos solos.

Nuestra gente ha sangrado, hemos despedido familiares y amigos que han caído por defender lo suyo, por lo que tanto han trabajado y han logrado. Nuestros pueblos han sido sometidos ante la crueldad despiadada de este grupo de invasores que no merecen el más mínimo respeto.

Pero esta noche tomaremos las armas y seremos libres!! — Las palabras de William provocaron una arenga estrepitosa del público reunido.

La preparación para la batalla había llevado meses. No se recordaba el tiempo en que hubiese ocurrido una batalla en Liberado, por lo que la cultura bélica había sido olvidada. Tomó tiempo para que las familias de Piedra Sola se prepararan.

En un principio, cuando los primeros invasores aparecieron, el pueblo pensó que tenía la mala suerte de haberse cruzado en su camino. Liberado era un tierra pobre, de humildes trabajadores sin más riquezas que un trozo de pan arriba de la mesa.

Con el pasar de los días y al seguir sufriendo abusos y saqueos por los invasores, el poblado comenzó a sentir terror de que la situación no

volviera nunca a la normalidad.

Algunas personas, con pocas raíces o desapegadas al pueblo, decidieron ir en busca de nuevos lugares para vivir. Pero esa no era una opción para William Clark, su familia había vivido en La Piedra desde que el primer Clark, cuyo nombre era simplemente Clark, llegó a Liberado. William Clark tenía raíces en esa tierra y pensaba defenderlas a toda costa. Cuando propuso por primera vez defenderse contra los invasores, la mayoría rehusó a ayudarlo. La palabra guerra asustaba a todos los pobladores que habían nacido para labrar la tierra y no para pelear. Además de que la esperanza de que los invasores siguieran su camino y dejaran en paz al pueblo aún se encontraba latente. Pero con la muerte del primer campesino que se resistió a entregar el ganado a los invasores la situación comenzó a cambiar.

Las personas comenzaron a ver la opción de hacer frente que proponía William como algo más adecuado. Otros campesinos fueron heridos y muertos al resistirse de los saqueos. Pero el evento que empujó al pueblo a las puertas de la familia Clark en busca de un líder, fue al comenzar el invierno, cuando Jhon Grass fue asesinado a sangre fría en medio de la plaza del pueblo por los invasores en una demostración de poder insólita que pretendería comunicar que nadie debía ofrecerles resistencia.

La resistencia del pueblo comenzó en secreto, reuniendo armas, arcos y flechas de los cazadores, falcatas y cuchillos de faenar. Se confeccionaron lanzas y escudos de madera, hasta que finalmente llegó el día en que el pueblo estuvo preparado.

William sabía que su casa era la mejor base estratégica, en la zona alta del terreno al pie de la Piedra que daba nombre al pueblo, pero la sugerencia de defender su casa como último recurso le parecía demasiado egocéntrica, por lo que no podía surgir de él.

En su opinión la casa de cada poblador es tan importante como la suya y todos merecen defender su propia casa como último recurso. Sin embargo la palabras de Willis Cartwright, el anciano más viejo de todo Piedra Sola no dejaban lugar a discusión.

— William Clark. En los últimos días has sido nuestro guía y valientemente nos has organizado, armado y preparado para la batalla, es por eso que debes ser, y serás, nuestro líder en el campo. Además tu casa será nuestra base, se encuentra en un terreno apropiado para darnos la ventaja en la batalla. — dijo Willis en un tono que no permitía objeción.

— Gente de Piedra Sola, — continuó — descansen hoy y prepárense, porque esta noche saldremos al campo de batalla a defender lo que es nuestro. — Nadie discutía las palabras de Willis Cartwright, simplemente

se obedecían.

— La estrategia es simple. — repasó William por las dudas de que alguno de sus hombres la hubiese olvidado. — Nuestras familias están seguras. — proclamó — Avanzaremos con sigilo hasta su campamento. Los sorprenderemos. Golpearemos fuerte, mataremos sin piedad a los invasores como ellos hicieron con Jhon. Los superamos en número. Ganaremos — Las palabras de William fueron tan serias como su semblante, tanto que por un momento él mismo sintió la convicción de que ganarían.

Más tarde no recordaría el momento en que salieron de la estancia ni mucho menos el momento en que las dudas volvieron a inundar su corazón. Pero ya era tarde para arrepentirse, se encontraba al frente de un ejercito de hermanos, amigos y vecinos, a punto de iniciar una batalla. Todos confiaban en él podía verlo en sus ojos « Golpearemos fuerte y ganaremos » reflexionó William intentando convencerse nuevamente.

Las fogatas del campamento que habían montado los invasores en las afueras del pueblo podían verse desde lejos. William detuvo la marcha.

— En adelante seguiremos a pie — dijo en voz baja y calmada a quien pudiese escucharlo, sin dejar de mirar en dirección al campamento. Pudo sentir como una ola de murmullo corriendo la voz se disipaba a través del centenar de campesinos armados con arcos, cuchillos y lanzas que lo acompañaban. Su corazón se aceleró en ese momento; ya no hay marcha atrás.

Lo tranquilizaba pensar que el resto del pueblo se había refugiado en la Piedra. « Defenderemos nuestro hogar a toda costa. » Reflexionó mientras desmontaba.

El grupo se internó en el bosque avanzando silenciosamente hasta llegar a rodear el campamento. William podía escuchar su corazón latir con fuerza y, por un momento tuvo miedo de que los invasores lo escucharan también.

Tres grandes fogatas daban paso a medio centenar de tiendas montadas al rededor. Por cada fogata dos invasores hacían guardia.

Levantó el brazo, como era lo acordado el gesto indicaba que los arqueros se preparen.

En un esfuerzo por controlar la respiración, cerró los ojos, sintió como una gota de sudor le recorría la frente y se concentró en el latir de su corazón

de manera de lograr bajar las palpitaciones. Tres veces inspiró profundamente y tres veces exhaló complemente el aire de sus pulmones « Golpearemos fuerte y ganaremos » se dijo a sí mismo por última vez.

Abrió los ojos y bajó repentinamente el brazo. Lo siguiente fue un grito desgarrador de un guardia al que una flecha le atravesó el estómago.

Otros guardias cayeron y el campamento comenzó a despertar.

— Nos atacaaaaan!... — Se escuchó el grito mientras que William cruzaba miradas con sus guerreros. — A la cargaaa!!!... — gritó y sin pensar se abalanzó junto a su ejército sobre el campamento.

A la mañana siguiente, William despertó en medio del campo de batalla. La lucha había resultado más intensa de lo que él mismo hubiese podido imaginar.

El olor a sangre fue lo primero que pudo percibir. Al observar a su alrededor, el terreno estaba cubierto de cuerpos.

Algunos de sus hombres yacían junto a los invasores. No recordaba con demasiados detalles lo ocurrido, sabía que había enfrentado un par de hombres que había tomado por sorpresa saliendo de su carpa a medio vestir y luego había corrido directo a las fogatas para repartir el fuego sobre el campamento junto a sus hombres.

En su brazo derecho tenía una sensación constante de hundir su falcata en la carne, la sensación le causaba placer por la victoria al mismo tiempo que lo horrorizaba.

Nunca se había sentido tan sucio ni tan cansado, sentía algo similar a la culpa del placer que le había provocado matar a los invasores y que aún lo experimentaba a través de la sensación que había quedado grabada en su brazo.

Su brazo izquierdo por otra parte, simplemente dolía. Con su falcata aún ensangrentada corto las cuerdas que mantenían el escudo de madera unido a su brazo izquierdo. Intento doblarlo pero el dolor no se lo permitió, sus músculos estaban endurecidos.

— Williaaaaaam!!!!... — gritó alguien a sus espaldas. — Williaaam lo hemos conseguido!!... — . Al darse vuelta pudo reconocer a Howard Bowen sentado sobre una roca al borde de lo que antes había sido el campamento de los invasores. Junto a él estaban Roger Marshall, Eliot Hetfield y James Carson entre otros.

— Pensamos que te habíamos perdido, no lo grábamos encontrarte entre tantos cuerpos. — dijo Eliot con una voz que mezclaba alegría, cansancio

y tristeza a la vez.

— Cuantos hombres perdimos — preguntó William antes de que la conversación prosiguiera. — Veinte valientes héroes cayeron— lamentó Howard. — Entre ellos Sam — dijo Eliot mirando el suelo.

— Lo lamento Eliot, tu hermano demostró ser un gran guerrero y será recordado como un héroe — exclamó William. — ¿Donde está el resto? — continuó preguntando.

El viejo Willis llevó a la mayoría de regreso al pueblo para dar tranquilidad a las familias. Nosotros quedamos encargados de llevar a nuestros muertos para ser enterrados con honores en el cementerio. — dijo Howard mientras acariciaba su gorda nariz donde había recibido un fuerte golpe que se empezaba a convertir en forma de una mancha morada.

— ¿Terminamos con todos? — William no pudo evitar sentirse torpe con tantas preguntas, se suponía que el lideraba la batalla, como pudo ser que no se enterara de los resultados.

— Algunos lograron huir, cinco o seis, los perseguimos pero lograron perdernos en el bosque — Contestó Roger Marshall que hasta el momento no había participado de la conversación.

« Golpeamos fuerte y ganamos » Pensó William, esta vez con la mortífera duda de si el sacrificio había valido realmente la pena.

Capítulo 4

Robert Shannon

El silbido se mezclaba con el andar tranquilo del caballo de manera perfecta. Los vasos golpeteaban de manera alternada con cada paso, y junto al sonido de los arreos conformaban la percusión perfecta para la canción despreocupada de Robert.

Podía respirar el aire de la tranquilidad. El tipo de tranquilidad que provoca el deber cumplido. Volver a casa con la bolsa llena de oro después de un año de trabajo duro.

Phillip Folsom había recibido cincuenta y cuatro vacas gordas del establecimiento de Shannon, y Robert a cambio tenía suficiente oro como para vivir con tranquilidad él y toda su familia por un buen tiempo.

Despidió a los jinetes que había contratado en el camino para el traslado de las vacas y envió a Jesse directo a La Pradera con la mitad del oro obtenido. Quería tomar el camino largo para visitar algunos pueblos antes de volver a casa. Así podría comprar nuevos arreos, herramientas y algunos regalos para su familia. En particular había planeado adquirir un carruaje para regalarle a su hijo William que acababa de darle su primera nieta y convertía por lo tanto a Robert en un nuevo abuelo. El regalo sería una sorpresa, Robert sonreía de tan solo imaginar la cara que pondría William al ver su nuevo carruaje, en tan solo cuatro días estaría de regreso en casa.

Recordó que debía comprar además algún regalo para Clay, pero no lograba decidirse aún por el regalo, « Tal vez ya sea hora de que tenga su primera falcata » pensó Robert, pero lo perturbaba pensar en que tal vez Clara se molestaría por el regalo. « Cumplirá cinco años, es momento de que comience a dejar los juegos de niños y empiece a ayudar con los trabajos y con un regalo así seguramente pueda entusiasmarlo » continuó reflexionando.

Las falcatas eran tradicionales en la familia Shannon, conformaban la herramienta perfecta para las tareas del campo. En otras partes del mundo tendrían por tradición llevar grandes espadas. Pero la paz reinante de la olvidada tierra de Liberado había provocado que las espadas más largas cayeran en desuso sirviendo tan solo de adorno. Las falcatas en cambio eran una herramienta ligera y versátil, servía para cortar madera, cavar en la tierra, cortar plantas o incluso carne. Se usan para cazar, faenar, cortar leña, hacer fuego golpeando con ella un pedernal y cortar la carne asada para comer. Ningún hombre era considerado tal si no podía

sustentarse por sus propios medios, y en ese sentido la falcata era la herramienta con la cual podía brindarse completo sustento. « No importa lo que diga Clara. Claymore Shannon tendrá su primera falcata. » finalizó la reflexión y retomó la melodía del silbido, con la esperanza de que su esposa comprendiera el regalo planeado y no se molestara demasiado.

— Robert Shannon!, reconocería ese silbido en cualquier parte del mundo — dijo la voz de un jinete que salía al cruce del camino.

— Morgan?... — Pregunto Robert.

— Sr. Morgan para ti — replicó el jinete.

— ¿Como has estado viejo amigo, que te trajo a este camino? — La sorpresa inesperada había cortado la melodía de Robert.

— Vengo de las minas del viejo Orson Wales; tenía un asunto que resolver con él que tal vez te pueda interesar, tu que haces por estos lados. —

— Vendí unas vacas a Folsom y voy camino a casa. Pasaré por Los Feos antes, ¿y de que va ese asunto? — respondió Robert con curiosidad.

— ¿Recuerdas cuando quisiste ser Lord? — El tono del Sr. Morgan no carecía de insolencia y si bien pretendían ser una simple broma, hirieron a Robert como un balde de agua helada en medio del estómago.

— Sabes perfectamente que no era eso lo que quería — dijo Robert intentando que no se le cerrara la garganta, a pesar de los años que habían transcurrido el tema todavía lo ponía de muy mal humor.

— Lo se, pero no es lo que se cuenta por ahí — insistió el Sr. Morgan demasiado audaz.

— Habladurías de chismosos. Las fabulas de villanos parecen crecer más rápido que las hazañas de los héroes. — replicó intentando restarle importancia al asunto — Tu estabas ahí ese día, sabes bien cual fue mi propuesta — continuó Robert.

— Te preocupabas por el bienestar de la gente de Liberado. — Las palabras del Sr. Morgan reconfortaron en cierta medida a Robert, por lo menos él había comprendido sus palabras aquel día.

— Ojala el resto lo hubiese visto de esa manera — finalizó Robert al tiempo que con un gesto de riendas indicaba a su caballo que retomara el paso.

— Que sabe el resto — Continuó el Sr. Morgan acompañando el paso de Robert. — Son solo ovejas, repiten lo que los demás repiten y por si fuera

poco lo distorsionan. Cada vez que escucho la historia de aquel día, en lugar de perder detalles la descripción de lo sucedido va ganando adornos. Cualquiera día de estos escucharé que aquel día llevabas corona y nos azotabas con un látigo. Jajaja te juro amigo que a veces la gente me hace reír. Lo peor es que cuando alguien me cuenta la historia y le digo "mi amigo yo estuve ahí y nada de eso sucedió" me toman por mentiroso.

No hagas caso de lo que dice esa gente, esa gente no podrían diferenciar a un lobo de un cordero. — Las palabras de Morgan le parecieron osadas a Robert, percibía una confianza desmesurada en el tono de voz de su viejo amigo. Una confianza que nunca antes había oído.

— ¿Y me vas a contar que tramabas con el viejo Wales o me vas a seguir adulando el resto del camino? — Preguntó Robert simulando como si no hubiese escuchado ni la mitad de las palabras de Morgan.

— Hahaha!... Así me gusta directo al grano sin rodeos — La risa de Morgan hizo volar a todos los pájaros de un árbol. — "Todos somos iguales, todos somos libres", es lo que nos han enseñado desde siempre. Repetimos esa frase de generación en generación sin pararnos a pensar siquiera en que significa ser libres, o que significa ser iguales. ¿Significa acaso que si actúo con honorabilidad debo pensar que todos serán honrados?, ¿Significa que no nos preocupemos por los peligros o adversidades que puedan aparecer?. Yo creo en esa frase, sé que al igual que tu mi buen amigo. ¿Pero que pasará el día que aparezca alguien que no la crea?. Ese día seremos dominados y estaremos indefensos.

Aquella vez fue el clima. A la naturaleza no le importó para nada nuestra bonita frase. Es decir, nos trato a todos por igual de eso no nos podemos quejar. Pero no se puede llamar libre a un hombre que ha sido privado de alimento y ha sido empujado de su propio hogar.

Aquel año fue la naturaleza la que nos sometió. Cuando sufrimos la peste pensé que era momento de dar el paso a la civilización, necesitamos de una organización que nos prevenga de las catástrofes en este sitio olvidado, necesitamos exactamente lo que intentaste proponer. Pero la gente no estaba preparada en aquel entonces para escucharlo, y es demasiado terca y tonta cuando algo nuevo aparece.

Aquella vez te encontraste rodeado por una mayoría de ignorantes. — La voz de Morgan demostraba desprecio.

— Se que mis palabras se mal interpretaron, pero tal vez estaba sobre actuando. Los eventos del año de la peste fueron un hecho aislado, nunca había pasado algo así en el mundo. Y no ha vuelto a pasar hasta ahora. Ya han pasado varios años. A lo mejor tuvieron razón en no escucharme — Los primeros años después de la peste, Robert había sentido miedo de que se volviera a repetir y los tomara nuevamente por sorpresa. Pero con

el correr de los años había vuelto a acostumbrarse a su forma de vida y había dejado de sentir miedo. Se había convencido de que en aquel momento la visión del paisaje desolador le había provocado exagerar sobre el tema.

— No la tuvieron mi amigo, te lo aseguro que no. ¿No has escuchado sobre la situación que vive nuestro común amigo William Clark en Piedra Sola? — Morgan parecía estar siempre muy informado de lo que sucedía en todo Liberado.

— ¿Los extranjeros que robaron a un campesino? — Preguntó Robert inseguro.

— No ha sido solo a un campesino, los extranjeros han acampado en las afueras del pueblo y roban, hieren y hasta han asesinado personas. Les llaman los invasores y tendrían sometido al pueblo si no fuese porque Clark logró reunir suficientes hombres para hacerles frente y defenderse. — Robert no se permitía dudar de las palabras de Morgan, era un hombre de negocios importante y serio y no repetiría cualquier información que no le haya llegado de buena fuente.

— No estaba enterado, ¿William esta bien?. — Quiso saber Robert al instante.

— Clark siempre ha sido duro; en cuanto al resto, bueno no se puede decir que todos han podido contar el cuento. —

— Una batalla en Liberado. — dijo Robert en un gesto dubitativo sin salir del asombro. La noticia lo había dejado perplejo.

El robo, incluso los asesinato hubiesen sido noticias normales y la ley era muy al clara respecto, “ El robo se paga con libertad, la muerte con muerte “. Pero nunca antes un conflicto en Liberado había sido tan grande que enfrentara a un pueblo entero en una batalla.

— Necesitamos una nueva organización. — Continuó Morgan. —Tenías razón aquel día y ahora lo veo más claro que nunca.

Capítulo 5

Clay

— ¿Cuánto tiempo tendremos que estar fuera de casa?

— El que sea necesario. — Respondió Margaret en un tono cortante.

Desde el día que dejaron La Pradera se comportaba de una manera muy distante con Clay. Ya no parecía la misma hermana que días atrás había pasado horas jugando con él, corriendo, riendo y lavando la ropa recién lavada del tendedero que ambos habían salpicado de barro mientras huían de Rino antes de que su madre los descubriera.

Margaret ahora se comportaba como un adulto. Cada vez que Clay hacía una pregunta, Margaret contestaba con el ceño fruncido, como si todo lo que dijera le molestara.

— ¿Podemos parar a descansar? Mis piernas están entumecidas — Volvió a preguntar Clay con la esperanza de encontrar en Margaret una respuesta más piadosa esta vez.

— Debemos avanzar, ya te lo he dicho, tienes que aguantar. Estamos viajando demasiado lento, ya tenemos un día de retraso. El tío Roy se preocupará si no llegamos según lo acordado — Margaret niña lo hubiese escuchado, pero no tenía caso intentar negociar con Margaret señora.

Clay ya conocía este tipo de comportamiento, lo había observado anteriormente y le había llamado mucho la atención. Lo había visto en Rino y Batuque. Solían pasarse el día jugueteando y corriéndose el uno al otro; muchas veces Clay había sido obligado por su madre a dejar los juegos para comer, o bañarse, y en esos momentos había sentido envidia al ver que los perros continuaban el juego aún sin él. Pero de un día para el otro, Batuque dejó de interesarse en los juegos con Rino, y solo jugaba cuando Clay intervenía del juego.

Estando solos, cuando Rino buscaba a Batuque para jugar, éste le respondía con un enojoso ladrido y se alejaba, de ser posible, fuera del alcance de Rino. Clay había observado el comportamiento, se le daba bien observar, y había dado mil vueltas al asunto pensando en por qué Batuque se comportaría así. Finalmente concluyó que tal vez Rino hubiese hecho algo que lo molestó, pero no sabía qué, ¿qué cosa tan terrible podía haber hecho Rino, un cachorro que es todo juegos y mimos?.

A Clay le molestaba el nuevo comportamiento de Batuque, le parecía injusto, y más de una vez esperó a que rechazara los juegos de Rino y se alejara para participar del juego, esta vez solo entre Rino y él.

Clay se sentía ahora, como él se imaginaba que se sentía Rino cada vez que Batuque lo rechazaba. Estaba viviendo en carne propia con Margaret, lo que Rino había vivido con Batuque.

— ¡Es injusto! — exclamó Clay en voz alta, aún pensando en la historia de Rino y Batuque.

— Lo sé — suspiró Margaret sorprendidamente. — Yo también tengo bastante cansadas las piernas, pero a este paso, si paramos a descansar, no llegaremos ni en una semana. La culpa es de Jesse. Sería más rápido si llevara el carruaje recto y por el camino. — Las palabras de Margaret sorprendieron a Clay, por alguna razón esta vez la culpa de que algo no saliera según lo planeado no era de él, sino de Jesse.

Clay estaba tan concentrado en su pensamiento que no se había dado cuenta que hacía un buen tiempo que las ruedas del carruaje y el camino solo se encontraban de vez en cuando de manera milagrosa y transversal.

— ¿Y por qué no diriges tú el carruaje?, después de todo eres la que está a cargo ¿no?

— Claro que no, tonto. Madre dijo que hagamos caso de Jesse, él está a cargo. A mí solo me ordenó que cuidara de que te portes bien — respondió, una mezcla de Margaret señora y Margaret niña que dejó a Clay confuso sobre con cuál de las dos estaba hablando.

— De todas formas deberías decirle que te deje llevar el carruaje para ir más rápido — insistió Clay.

— Es que no sé cómo decírselo, no me animo. ¿Cómo se le dice a Jesse que no puede llevar un carruaje? Lo sentirá como un insulto — Esta vez Clay supo al instante que quien hablaba era Margaret niña.

— Hagamos un descanso — volvió a decir Clay, haciendo una pausa para observar si el rostro de Margaret niña se transformaba en el de Margaret señora, con el ceño fruncido. Ante la duda de la cara de su hermana, que parecía no saber qué forma tomar, continuó con su plan.

— En aquel bosque hay un riachuelo. Lord Shannon necesita tomar agua, y también nosotros tenemos que comer en algún momento. Comamos, y cuando vayamos a retomar el viaje, ofrécete a llevar el carruaje para que Jesse pueda descansar de las riendas — terminó Clay ante la mirada

atenta de Margaret.

— Es un buen plan — dijo su hermana — a veces dices cosas útiles — finalizó.

El cumplido de Margaret le había llenado de alegría el corazón, pero no hizo demostración alguna de satisfacción, solamente una caricia en el cuello de Lord Shannon mientras Margaret iba a avisar a Jesse que pararían a descansar cerca del riachuelo para que los caballos pudieran tomar agua.

Por un momento Clay no se sintió un niño y se atrevió a imaginar que junto a Lord Shannon los líderes del grupo.

— ¡Vamos niño! ¡Junta algunas ramas secas para que podamos hacer fuego mientras intento pescar el almuerzo! — Le había dicho Jesse con una voz más áspera que de costumbre.

Jesse nunca llamaba a un niño por su nombre, para él todos se llamaban niño. Las primeras veces Clay se había esforzado para que aprendiera su nombre.

— Mi nombre es Clay — le había dicho amablemente cuando se vieron por primera vez, a lo que Jesse había respondido: — Bien por ti niño, no olvides tu nombre — Clay le había dado la respuesta más tonta posible: —No lo olvidaré.

En ese momento había quedado satisfecho con el diálogo. No fue hasta bastante tiempo más tarde, después de haber cumplido los cuatro años, que comprendió lo que había pasado en realidad. Se encontraba descansando, recostado en el pasto junto a Batuque, pensando en vaya a saber qué cosa, cuando recordó el diálogo con Jesse; en ese momento se dio cuenta que Jesse le había tomado el pelo. Desde ese día, cada vez que lo recordaba, se sentía un niño tonto. Se prometió a sí mismo de que algo así no le volvería a suceder, y desde entonces, en cada diálogo, se esforzaba por comprender la intención escondida bajo cada palabra.

— ¡No te apartes demasiado! — La voz de Margaret, que daba agua a los caballos, lo arrancó de sus pensamientos. Tras un gesto de aceptación con la cabeza a su hermana, Clay retomó su tarea de búsqueda de ramas.

En poco tiempo había juntado todas las ramas que habían cerca y las había amontonado cerca de donde Jesse pescaba.

— Listo, ¿qué te parece? — dijo Clay llamando la atención de Jesse que se debatía la vida en acertar la carnada en el anzuelo.

— Eso no sirve, niño, ¡se esfumará como papel!. Busca alguna rama más gruesa — dijo Jesse molesto por la pila de ramitas, o tal vez por no lograr acertar la carnada en el anzuelo, Clay no sabría decirlo con exactitud.

— Mira, niño, ¿ves aquellos viejos árboles?, ¿ves los arbustos que están en medio de esos dos? Si tuviera que adivinar, diría que en donde están esos arbustos falta un árbol. Tal vez se ha caído hacia atrás, busca en esa dirección — terminó Jesse retomando la difícil tarea de clavar la carnada en el anzuelo. — ¡¡Aja!! — exclamó con alegría al lograr pinchar la carnada.

Clay caminó rumbo al sitio que le había indicado Jesse pensando que lo que le había dicho no era más que una tontería. Tal vez nuevamente se estaba burlando de él, había pensado mientras lo escuchaba finalizar su fantástica explicación. « Bien por ti niño, no olvides tu nombre » resonó el recuerdo en la mente de Clay que lo hacía sentir un tonto. Sin embargo, no había motivos para no hacerle caso, necesitaba encontrar ramas, y esa dirección le parecía tan buena como cualquier otra.

Al llegar al lugar indicado, Clay encontró exactamente con lo que Jesse había predicho. Los arbustos crecían en el hueco donde una vez habían estado las raíces de un árbol. El árbol se encontraba caído hacia atrás, completamente seco.

« ¿Será que Jesse lo había visto desde el campamento? » Clay buscó el campamento pero no se podía ver desde ahí, « Si no puedo verlo desde aquí, él no pudo verlo desde ahí » reflexionó Clay aplicando el conocimiento que había adquirido no hace mucho jugando a las escondidas con Margaret, Carl y otros niños de su edad.

« Jesse decía la verdad » concluyó comenzando a seleccionar entre las ramas del suelo las más adecuadas para la fogata.

Clay miró el montón de ramas que había seleccionado y se sintió orgulloso, « Jesse estará conforme esta vez » pensó.

El paquete constaba de unas ocho ramas de un tamaño comparable con el de sus brazos. Había preparado además un segundo montón que vendría a buscar en caso de que necesitaran más.

Antes de volver, Clay se detuvo a observar el árbol caído, quería aprender

a ver lo que había visto Jesse para encontrar el árbol seco en el bosque.

El árbol caído tenía un tamaño imponente, Clay intentó imaginarlo de pie junto al resto de los árboles. En su opinión el árbol caído había sido algo más alto que los árboles a su alrededor. Tal vez fuese de los más altos del bosque.

Repentinamente, el recuerdo del abuelo Ronnie acudió a la memoria de Clay, tal vez por pensar en el árbol caído como en el abuelo del bosque. Por un momento volvió a sentirse tan triste como el día en que su abuelo no despertó.

Se acercó para acariciar el tronco del gran árbol caído y respiró profundamente. El aire del bosque tranquilo y silencioso llenó de paz a Clay y pronto todos sus pensamientos rondaban en torno a su abuelo.

Se sentó en una roca que estaba junto al tronco. El abuelo Ronnie siempre le contaba historias, pero además escuchaba las suyas con atención. Era la única persona con la que Clay podía hablar sin sentirse un niño tonto. Era la única persona que sabía que lo que más le gustaba a Clay era observar.

Una vez Clay se había pasado tiempo sentado en silencio en el suelo del cobertizo. Su madre el verlo le sugirió que fuera a jugar con otros niños. Su padre le sugirió que fuera a cepillar a los caballos. Su abuelo en cambio, no le sugirió nada.

— ¿Qué llevan? — le preguntó al tiempo que se sentaba en un pequeño taburete a su lado.

— Más que nada hojas, pero también pequeños palitos. Algunas no llevan nada y otras, las más extrañas, llevan a otras hormigas — Había contestado Clay sin dejar de mirar la larga fila que formaban las hormigas frente a la casa.

— ¿Y para dónde lo llevan? — Volvió a preguntar curioso su abuelo.

— No sé — Respondió Clay, la pregunta lo había tomado por sorpresa.

— Pues, vamos a averiguarlo — concluyó su abuelo, al tiempo que se levantaba dispuesto a continuar con la investigación.

Clay lo siguió sin mediar palabras. Se pasaron toda la mañana siguiendo una fila de hormigas. Era sorprendente lo extensa que era la fila, atravesaba el patio, cruzaba el granero y, unas cuantas cuadras adentro, llegaba hasta un pequeño hoyo en la tierra donde las hormigas guardaban

todos sus tesoros.

Durante la recorrida su abuelo le había contado cómo las hormigas trabajaban sin descanso guardando alimentos. Pero hacían mucho más que eso, podían predecir el clima. Le enseñó que si las hormigas, lo que llevan eran semillas, significaba que pronto haría mucho frío. Y cuando presentían que podrían venir grandes lluvias no salían de su casa.

Esos días habían quedado atrás, su abuelo ya no estaría ahí para enseñarle a observar cosas. En ese momento sintió como una hormiga pasaba por encima de su mano que aún se apoyaba en el tronco del gran árbol caído, « una hormiga sola, debe estar explorando en busca de nuevos tesoros » pensó Clay mientras seguía con la vista al pequeño insecto.

La hormiga caminó por lo largo del tronco hasta el lugar donde comenzaba el enramado que una vez había sido la copa del árbol. Clay la siguió con sigilo hasta que la hormiga decidió rodear el tronco y caminar por el lado de abajo, fuera del alcance de su vista. Clay no se conformó y se tiró en el suelo para ver debajo del tronco a donde se dirigía la exploradora.

Al mirar debajo del tronco encontró algo que le llamó mucho más la atención, había una gran mancha que, a los ojos de Clay, parecía la figura de un caballo rampante.

— ¡Apúrate niño!!, ¡que ya tengo el almuerzo! — lo interrumpió el áspero vozarrón de Jesse que lo llamaba desde el campamento.

Clay se apuró a levantarse y llevar el paquete de ramas que tenía preparado. Esta vez, las ramas seleccionadas conformaron a Jesse quien mostró a Clay cómo prender fuego golpeando con su cuchillo un pedernal.

Luego de terminar de comer emprendieron camino nuevamente, esta vez con Margaret dirigiendo el carruaje después de que, tímidamente, le ofreciera a Jesse descansar de las riendas el último tramo del viaje.

Clay solo le contó su descubrimiento a Lord Shannon.

— El abuelo del bosque tiene tu retrato. — dijo en secreto Clay a su caballo cuando estuvo seguro de que nadie más lo escucharía.

Capítulo 6

William Clark

La sala mayor de la casa de William Clark se encontraba atiborrada de las personalidades más destacadas de Piedra Sola. El alboroto empeoraba el humor de William que esperaba silencioso cerca de la puerta la llegada del resto de invitados. Por más esfuerzo que hacía, no podía evitar comenzar a perder la paciencia que se había propuesto mantener.

Un nudo grotesco se había instalado en su garganta desde su regreso del campo de batalla al enterarse de que Ronn los había acompañado en secreto. El viejo Willis era el culpable, lo había ayudado a mezclarse entre los hombres. Ángela se lo había contado todo ni bien pisó La Piedra con una voz que mezclaba nervios, angustia y alivio. Alivio de saber que Ronn ya estaba a salvo.

Aún no había cruzado palabras con su hijo que cumplía con un severo castigo impuesto por su madre encerrado en el cuarto. Solo habían compartido una cena, pero William ni siquiera había podido mirarlo. Mucho menos hablarle. No estaba con ánimos para soportar la desobediencia de su hijo.

Tampoco había tenido oportunidad de reprocharle nada al viejo Willis, era lo que más le molestaba. ¿Cómo podía cuidar a sus hijos de sus enemigos, si no podía confiar en sus propios amigos?

Ronn había insistido en participar de la batalla desde mucho antes de que se decidiera pelear. Tanto William como su esposa habían coincidido en que no podría ser.

— Te quedarás en La Piedra con tu madre. — Habían sido las palabras con las que William había zanjado la discusión. Al pensar en ello el nudo parecía hacerse más grande y áspero dentro de su garganta.

No sabía que le molestaba más, el peligro innecesario que había pasado su hijo en la batalla, la angustia que había hecho pasar a Ángela, la actitud del viejo Willis o el simple hecho de que hiciera caso omiso de sus palabras. De todas estas, probablemente la última era la que más dolía a

William, aunque no lo admitiera completamente.

— ¡¿Dónde se ha metido ese viejo Willis?! — dijo la voz impaciente de Roger Marshall, interrumpiendo los pensamientos de William. «Tu también eres culpable», pensó William.

Roger no solo había dejado que su hijo participe de la batalla, sino que lo había alentado a hacerlo. El hijo de Roger y Ronn habían sido amigos desde que nacieron, seguramente también era parte del complot del viejo Willis en su contra.

— Willis vendrá — replicó William con seriedad. A pesar de las últimas actitudes que había tenido Willis para con él, William confiaba en el viejo Willis.

Willis había sido como un padre para él y le había enseñado mucho en su juventud. « Tal vez hace lo mismo con Ronn ahora », se permitió pensar William por un momento. Pero esto es más grave, se trata de una batalla, algo que nunca se ha visto en Liberado. « Es irresponsable, ¿cómo pudo ayudarlo a participar? » A pesar de su pensamiento, William no daba crédito de cómo una persona como el viejo Willis que siempre había sido su fuente basta de sabiduría, podría actuar de manera tan irresponsable.

— ¡Toc!, ¡Toc!, ¡Toc!, ¡Toc!. — sonó la puerta.

— Pasa Cartwright, te estábamos esperando — dijo William en tono solemne.

El hecho de nombrar al viejo Willis por su apellido era la forma que tenía William de hacerle saber que habían temas pendientes entre ellos.

Con la entrada de Willis a la casa, el murmullo se detuvo, lo que significó todo un alivio para los oídos de William. Pronto todos comenzaron a acomodarse en las sillas que habían dispuesto por toda la sala.

En medio de la sala, y en torno a la mesa se había reservado el lugar para los hombres y mujeres más destacados del pueblo. Antes de comenzar la reunión, y a medida que los invitados iban llegando, las conversaciones habían pasado por acordar quienes ocuparían los puestos de principal importancia en la mesa central. William no había participado de las conversaciones, pero le habían hecho saber lo decidido una vez que todos

estuvieron de acuerdo.

Todos acordaron que William se sentaría en una de las cabeceras de la mesa como correspondía al dueño de casa y al líder que los había guiado en la batalla. La otra cabecera de la mesa se había destinado para el viejo Willis, ya que todos coincidían en que tal posición de importancia corresponde al hombre con más sabiduría del pueblo. El resto de la mesa sería ocupada por Wilda Harris, Roger Marshall, James Carson, Eliot Hetfield, Ernest Cannon y Margaret Lincoln.

Al ocupar su lugar, William se percató de que Willis Cartwright se había ubicado a su derecha. Como era de costumbre, nadie decía al viejo Willis donde sentarse. A su izquierda Eliot Hetfield tomó su lugar. William sintió curiosidad por ver quién tomaba el lugar de supuesta importancia que habían destinado para Willis en la otra cabecera. Fue Roger Marshall quien zanjó el misterio al tomar la cabecera antes de que el resto terminara de acomodarse. William pudo detectar en Eliot una mirada a Roger que dejaba ver a todas luces cierto reproche por el desbarajuste de la tan planeada disposición de los lugares. William pensó que la situación pasaría desapercibida para el resto de los allí presentes, pero no para Willis. El viejo Willis lo observaba todo en silencio. Para William no había dudas de que la elección del viejo Willis no había sido un desliz.

— Seis invasores lograron huir del campamento donde presentamos batalla — Comenzó a decir William ante el silencio de la multitud que lo escuchaba atentamente. — Marshall y sus hombres los persiguieron en el bosque en su huida, pero lograron escapar. Pensamos que quedarían impunes, pero al revisar los cuerpos del resto de invasores caídos en el campo de batalla hicimos un gran descubrimiento. Un símbolo. — A esa altura todo el pueblo conocía bien el símbolo, una cicatriz en forma de una especie de cruz con dos letras L, una de las cuales estaba invertida. Los invasores llevaban la marca del símbolo en el tórax grabado con hierro caliente como si fueran una especie de marca de ganado.

— Nuestro pedido de captura y muerte a los hombres que sean portadores del símbolo fue transmitido rápidamente a los pueblos vecinos, recibiendo noticias de cinco capturas en la última semana. — Un murmullo de festejos se elevó por toda la sala, el ruido era tal que William tuvo que levantar el brazo para pedir silencio y proseguir con el discurso.

— Esta mañana, una paloma ha llegado desde Mal Abrigo con un mensaje — continuó al tiempo que desenrollaba la carta. — “A William Clark de La Piedra y el honorable pueblo de Piedra Sola; Me dirijo a usted como representante del poblado de Mal Abrigo, con la satisfactoria noticia de que se ha ajusticiado mediante el método de la horca, a uno de sus convictos a quienes han dado por conocer por el nombre de ‘Los

Invasores'. Saluda atentamente Reverendo Abbott" — William dejó la carta sobre la mesa ante el silencio de los allí presentes.

— Ganamos — dijo finalmente en tono solemne. Unos a otros se miraron, en sus rostros se veía desconcierto. Luego, lentamente, empezaron a aplaudir y sonreír. La ovación fue tan grande que William sintió vibrar el piso.

— ¡También perdimos! — replicó el viejo Willis para sorpresa de todos los presentes. Lo que había sido una gran ovación lentamente se fue convirtiendo en un murmullo para finalmente dar paso a un profundo silencio. Todos miraron en dirección a Willis. Incluso William sintió curiosidad de lo que el viejo tenía para decir. — Hemos perdido hombres y nos vimos obligados a conocer la guerra. Conocer la guerra traerá consecuencias, dejaremos de ser el pacífico pueblo de Piedra Sola. Seis veces pedimos ayuda a nuestro Lord y seis veces fuimos ignorados. Por si alguien aún tenía dudas de que Liberado fue olvidado por el reino, pero el hecho de plantar batalla nos convirtió en guerreros, nuestra forma de vida cambiará, debemos vivirlo como una derrota y actuar en consecuencia. — El viejo Willis hizo un gesto que pedía que alguien tomase la palabra. Los rostros que habían sido alegres en la ovación de la victoria se fueron convirtiendo en tensos y serios.

— Victoria o derrota, no importa — dijo Eliot, que había permanecido en silencio incluso durante el festejo. — Fue Liberado quien cambió y nos tomó desprevenidos. Eso no puede volver a ocurrir. Debemos averiguar de dónde salieron estos invasores; porque estaban tan interesados en someter a nuestro pueblo que bien sabemos lo poco que tiene para dar. Puede que no sean los únicos. — Las palabras de Eliot no carecían de tonalidades de rabia y angustia.

— ¡Debemos armarnos y estar prepararnos para defendernos! — exclamó Marshall al tiempo que daba un golpe en la mesa. El vitoreo de los presentes puso en claro que el pueblo ya tenía su postura tomada. « El dolor de la muerte puede ser peligroso si se lo toma a la ligera » pensó William, que junto a Willis, en lugar de participar del vitoreo habían cruzado miradas.

— No termina ahí — Comenzó William en un tono solemne que pretendía bajar la ebullición de la sala y con la extraña sensación de que era en realidad el viejo Willis el que hablaba a través de su voz. — Si formamos un ejército en Piedra Sola; quiero recordarles a todos que estaremos dando un paso hacia la forma de vida del resto del reino. — William hizo una pausa para observar los rostros de los presentes que, en silencio, empezaban a mostrarse más cautelosos y confusos.

— No hace mucho tiempo estuve en una reunión similar en la que un buen amigo propuso cierta organización en Liberado. En aquel momento su

preocupación era que el clima no nos volviera a tomar por sorpresa; fue el año de la peste. — William pudo notar cómo algunos de los presentes que se encontraban más en la periferia escupieron al suelo en gesto de desprecio. « Para avanzar hay que actuar con cautela » pensó William con el miedo de que lo que suceda en Piedra Sola se mal interprete en el resto del reino generando conflictos en lugar de subsanarlos.

— Sea lo que sea que se decida hacer, estaremos cambiando la forma de vida de Liberado. Y por más olvidada que estén estas tierras, deberemos rendir cuentas ante Lord Rickard — Dijo finalmente William. « No te hagas cargo de una responsabilidad con la que después no quieras cumplir ». El pensamiento salió disparado al darse cuenta de que nuevamente estaba liderando a su pueblo.

Capítulo 7

Reverendo Abbott

El aire de la mañana era fresco y llenaba los pulmones del reverendo proporcionándole alivio en cuerpo y espíritu. Se tomó un momento para respirar hondo y sentir la paz de la mañana. Junto a él estaba el sepulturero Tom que parecía incansable. No había tomado un solo descanso desde que comenzaron a cavar las tumbas.

— Mientras más rápido termine con esto, más rápido podré descansar — gruñía Tom cada vez que el reverendo le ofrecía un descanso. El reverendo compartía la idea de terminar cuanto antes, pero el duro ejercicio de cavar lo dejaba exhausto. Su cuerpo, aunque cansado, había soportado bien la primera fosa, pero cuando iban por la mitad de la segunda su cuerpo ya no resistía. Había llegado al límite y por momentos sus músculos se adormecían. Secó con su puño el sudor de la frente, respiró una vez más el pacífico aire mañanero del cementerio y tomando la pala nuevamente se preparó para retomar su labor.

— Cuando terminemos este hoyo descansaremos un momento — dijo el reverendo a Tom en un tono que no admitía discusión.

Esta vez su cuerpo resistió hasta finalizar el pozo.

— Han quedado perfectas — pronunció Tom orgulloso de su trabajo.

— No me cabe la menor duda de que nuestros amigos encontrarán la paz en tan confortable agujero — replicó el reverendo en tono irónico.

— Vamos sentémonos bajo el árbol antes de que te pongas a llorar. ¿Podrás caminar hasta ahí o tendré que llevarte en la carretilla? — dijo Tom en tono burlón.

El reverendo no quiso malgastar energía en responder a la burla. Caminó directo a la sombra del gran roble, y dejando la pala recostada al tronco del árbol finalmente tomó asiento en el suelo. Tom tomó posición a su lado.

El reverendo pensaba que el trabajo de sepulturero que poseía Tom acercaría a las personas a la Fé, a creer en el más allá. Sin embargo si alguna vez Tom había pisado la parroquia, fue mucho antes de que el reverendo llegase al pueblo. Tom nunca había estado presente en sus misas, e incluso alguna vez al intentar hablar de religión, el reverendo solo había confirmado la falta de Fé del sepulturero — Usted tiene su cuento, y yo tengo el mío — había respondido Tom con cara de desagrado y cortando la conversación. A pesar de la herejía, el reverendo consideraba a Tom su amigo, y si bien muchos de sus encuentros eran mayormente silenciosos, en ocasiones había logrado entablar

conversaciones interesantes.

— Fue un trabajo duro, pero reconforta la idea de dar paz a estos hombres bajo la sagrada sepultura — dijo el reverendo en tono solemne. El duro y noble esfuerzo físico le propinaba una sensación de deber cumplido.

— Lo importante son las moscas — replicó Tom, demostrando su único interés en la labor.

— Siempre tan obstinado en evitar la Fe. — El carácter hosco de Tom, a menudo irritaba al reverendo, pero había aprendido que ese tipo de comportamiento era solamente para enojarlo, por lo que se esforzaba por no hacerle el gusto.

— En ocasiones te he visto recorriendo el cementerio; meditando sobre las tumbas. ¿Tal vez pensando en la vida después de la muerte?. Te niegas a la Fe en voz alta, pero realmente creo que en el fondo, tal vez en los abismos de tu pensamiento, hay alguna creencia religiosa. — Las palabras del reverendo se habían ido armando al momento de pronunciarlas, por un momento temió hacer enojar a Tom como había pasado otras veces en que había intentado inculcar en él la Fé.

— Nada de eso reverendo, nada más lejos — contestó Tom con firmeza. — Paseo por el cementerio si, y medito. Pero no sobre la vida después de la muerte o ninguna de esas fanfarronerías — Las blasfemias de Tom ya le eran habituales al reverendo. — Medito sobre la vida antes de la muerte de esos pobres bastardos. Al fin y al cabo es lo único que importa y algunas historias de las que hay aquí vale la pena recordar.

Lamentablemente, la mayoría de las personas olvida rápidamente a los muertos. Se dicen así mismos cosas como " está en mejor vida " o " ahora descansa en paz en el paraíso " y en su afán por aliviar su propio dolor de la pérdida con esas chucherías olvidan quienes fueron realmente las personas que enterraron y qué fue lo que los trajo hasta aquí — El sepulturero había tomado impulso en su discurso como rara vez lo había visto el reverendo. No recordaba haberlo oído pronunciar tantas palabras en una oración. Para sorpresa del reverendo, sus palabras también tenían cierta cuota de verdad que nunca hubiera esperado oír de una persona tan hosca y tan aislada como Tom.

— Las personas... — comenzó el reverendo. — Las personas que aún viven — se corrigió — tienen derecho a sufrir el dolor de la pérdida, pero también tienen derecho a sentir el alivio de Dios y seguir con sus vidas. No estoy hablando de olvidar a sus seres queridos, sino de hacer las paces con el más allá. La esperanza de encontrar lo divino del paraíso una vez que nuestro tiempo termina sobre esta tierra es lo que permite vivir y seguir adelante a muchas personas. Sí, puede que haya personas que pasado un tiempo deje de visitar las tumbas en el cementerio, pero eso no

significa que olviden a sus parientes o amigos. Dios está en todas partes, y muchos feligreses prefieren ir a los templos a rezar y comunicarse ahí con sus seres amados. — Finalizó el reverendo con la esperanza de que esta vez, algo de Fé podría entrar en el corazón de Tom.

— No me parece — dijo Tom nuevamente de manera hosca y cortando la conversación. La esperanza del reverendo se esfumó rápidamente, y pensó que el resto del día sería un incómodo silencio como había sucedido otras veces. — Sus templos son bonitos.— Continuó disertando Tom para sorpresa del reverendo —Y en sus templos solo lo encuentran a usted, que tiene su historia, una historia que sale de un libro que escribió una persona que nadie conoció. No hay nada que esté más alejado de la muerte. La muerte no es bonita. La muerte es huesos y carne podrida, gusanos y moscas. La muerte es olor a putrefacción, pero sobre todas las cosas, la muerte es injusta. El otro día paseaba y meditaba cerca del aljibe, el grupo de tumbas que se encuentra a su alrededor pertenece en mayor medida a gente que murió durante el año de la peste. Entre ellos muchos niños. Pensaba en esos niños. Sus cuerpos aún eran débiles cuando por capricho de la naturaleza nos quedamos sin alimentos, resistieron la hambruna de acuerdo a la fecha colgada en sus lápidas, pero no lograron resistir la peste. ¿Que culpa tuvieron? Ninguna. Pensaba también en unos niños que tendrían la misma edad que ellos y me había cruzado en las calles ese día. ¿Qué pasaría si un año como el de la peste se repitiera? Seguramente a todos esos niños tendríamos que hacerles un hueco por estos lugares como lo hice en aquel entonces.

Le contaré algo sobre cavar tumbas para niños; el trabajo es ligero pues los pozos son mucho más pequeños que para los adultos. Pero el dolor que provoca hacer un pozo tan pequeño, de cortar tablas pequeñas para hacer cajones a su medida. De acomodar sus cuerpos sin experiencias, sin aventuras, sin vida. No se compara de ninguna manera con los agujeros que hemos hecho hoy.

La historia, deberíamos recordarla para que no se repitan las injusticias. Su templo no salvaría a esos niños. Si la gente tuviera presente esas tumbas tal vez se prepararía para que no se repita. Pero su templo, y sus misas les han proporcionado alivio, y el alivio, le guste o no, da paso al olvido. — El reverendo estaba tan perplejo que no logró pronunciar ninguna palabra y por un momento solo se escucho el silencio del cementerio.

— Eliges no olvidar el dolor, para preservar la intensidad de las historias de vida — dijo finalmente el reverendo. — A pesar de tu herejía a Dios, actúas con nobleza y te comprendo. — continuó el reverendo en un tono reflexivo. — No todos somos tan fuertes como tú. Hay cosas que necesitamos olvidar para seguir adelante. Todos los días rezo para que no se repita el año de la peste — La última frase del reverendo provocó una risa desganada en Tom que lo hizo sentir por un momento avergonzado. — Dices que la muerte es injusta, y el caso que has citado es un claro ejemplo. Sin embargo en otras ocasiones la muerte también nos trae

justicia, como la que hoy nos tiene sentados aquí conversando — finalizó el reverendo al tiempo que señalaba en dirección a los cajones que debían sepultar.

— La justicia a la que usted se refiere es cuestión del punto de vista — El reverendo sentía que esto era el colmo. A su parecer hoy Tom estaba decidido a llevarle la contra en todo. — Hasta donde sé, la historia de la mujer del cajón de la izquierda que asesinó a su marido. — Un claro acto de injusticia penado según nuestra ley con la muerte — interrumpió el reverendo con la seguridad de que no podía perder esta disputa moral.

— Si... — continuó Tom. — Pero lo que nadie dice es que el marido sometía a la pobre mujer a severos castigos, la golpeaba y amenazaba. La trataba peor que una mula.

— Son versiones infundadas que fueron descartadas en el juicio de la mujer antes que se dictara su condena — insistió el reverendo.

— La pobre mujer no tenía familiares aquí, su familia es de un pueblo que está más lejos que La Piedra. Por otra parte la familia del marido es toda de este pueblo y parte del jurado estaba formado por primos e incluso un hermano. Esa mujer no tenía ninguna posibilidad de ser declarada inocente. Otra vez la muerte le ha llegado con injusticia — Finalizó Tom. Sus palabras eran irrefutables lo que irritaba severamente al reverendo. — ¿Y qué hay del otro?, ¿también fue una muerte injusta? — Preguntó el reverendo a Tom que a estas alturas se había convertido de un hosco ermitaño a un odioso sabelotodo.

— No tuve tiempo de hablar con él, ni siquiera supe por qué lo condenaron. — El reverendo sintió satisfacción al ver que Tom se había quedado sin palabras en este caso.

— No habrías podido hablar con él, no tenía lengua. Formaba parte de un grupo de personas que aterrorizó por meses a la gente de Piedra Sola. Una banda de salvajes identificados con una cruz en el pecho que nadie sabe de donde salió. Hijos de Lucifer que robaban y mataban por placer. La gente de Piedra Sola se levantó en armas en un acto heroico y les presentó batalla como nunca antes se había visto en Liberado. Solo unos pocos sobrevivieron y huyeron. Entre ellos nuestro amigo aquí presente que fue capturado no muy lejos de aquí. Su nombre era Melvin Doe, pero fue lo único que lograron averiguar. Dicen que cuando lo empezaron a interrogar él mismo se mordió la lengua hasta arrancarsela para no dar información sobre el paradero de sus cómplices. — El reverendo observó con detenimiento la cara de Tom a ver con qué justificación salía esta vez.

— ¿Y dices que tenía cómplices? — dijo Tom con curiosidad.

— Según nos informaron más tarde desde Piedra Sola, él era el último que faltaba pasar por la justicia. — El sabor que sintió el reverendo al pronunciar la palabra “ justicia ” nunca le había sido más dulce que en este momento.

— Quién sabe que impulsó a esos hombres a hacer eso — dijo Tom en tono de derrota — Que fuerza de voluntad... Arrancarte tu propia lengua de una mordida — el tono de Tom no solo demostraba dudas sobre el relato, sino que también lograron que la duda penetrara por un momento en el corazón del reverendo.

— Hijos de Lucifer — dijo finalmente el reverendo, como si con esa frase fuera suficiente para zanjar el tema. — Vamos terminemos con esto — pronunció al tiempo en que se incorporaba del descanso. Tom lo siguió en silencio, pero pensativo hasta el primer cajón.

Ayudados por la carretilla llevaron ambos cajones hasta depositarlos en sus respectivos huecos. El reverendo se arrodillo junto a la primera tumba con un rosario en la mano mientras que Tom comenzó a tapar el cajón con tierra. Recitaba en voz baja la oración para el descanso de los muertos

— “ Señor, te encomendamos el alma de tu sierva esta pobre mujer y te suplicamos, Cristo Jesús, Salvador del mundo, que no le niegues la entrada en el regazo de tus patriarcas, ya que por ella bajaste misericordiosamente del cielo a la tierra. Reconócela, Señor, como criatura tuya; no creada por dioses extraños, sino por ti, único Dios vivo y verdadero, porque no hay otro Dios fuera de Ti ni nadie que produzca tus obras. Llena, Señor, de alegría su alma en tu presencia y no te acuerdes de sus pecados pasados ni de los excesos a que la llevó el ímpetu o ardor de la concupiscencia. Porque, aunque haya pecado, jamás negó al Padre, ni al Hijo, ni al Espíritu Santo; antes bien, creyó, fue celoso de la honra de Dios y adoró fielmente al Dios que lo hizo todo. ”

Al finalizar la oración Tom había acabado de llenar la tumba y alisaba la tierra con el revés de la pala. Tomó la cruz que le correspondía y la clavó en la cabecera. Luego se movieron a la segunda tumba.

— ¿Como cruzo El Bravo? — preguntó Tom con una curiosidad infinita. El reverendo lo miró al tiempo que escucho un crujido seguido de un tremendo estruendo que provenía de la tumba. Al darse vuelta se horrorizo de ver la figura de un hombre que salía del agujero.

— Hijo de Lucifer! — pronunció el reverendo completamente paralizado.

— Hijo de puta!! — exclamó Tom que se abalanzó contra el demonio de cara desfigurada para golpearlo con su pala. El demonio logró esquivar el golpe y provocó que Tom cayera dentro de la tumba. Ambos se trenzaron

en una lucha grotesca llena de gemidos y gritos de dolor. El reverendo observaba la gresca confusa que se desarrollaba dentro del agujero que había cavado él mismo. Estaba completamente paralizado y aferrado a su crucifijo cuando de pronto cayó en cuenta que debía hacer algo para ayudar a su amigo que se debatía la vida en un esfuerzo de lucha inmensurable. Corrió hasta el árbol donde había dejado su pala. La tomó con fuerza en un arranque de valor decidido a reventar el cráneo de aquel demonio y emprendió de nuevo camino a la tumba, a unos pocos pasos de la tumba dejó de escuchar los quejidos de esfuerzo en la lucha que producía Tom y pudo ver que el demonio se incorporaba y salía de la tumba. « Llegué tarde » pensó nuevamente paralizado por el impacto. El demonio de Melvin Doe caminaba lentamente y con dificultad en su dirección emitiendo quejidos en cada paso, en sus ojos brillaba el odio. Fue entonces cuando recordó el momento en que le había hecho un gesto de asentimiento justo antes de su muerte para que Melvin pudiese partir en paz. Había sido un acto de misericordia, para que Melvin Doe partiera de este mundo con la tranquilidad de que se cumpliría su última voluntad. — ¡Aún puedo llevarte con William Clark! — apuró el reverendo al tiempo en que observaba que Melvin traía en sus manos la pala de Tom. Levantó su pala en alto para propinarle un golpe certero, pero Melvin continuaba caminando hacia él.

— !!Aún puedo llevarte a la Piedra!! — gritó con desesperación mientras sentía la tibieza de su orina empapando su sotana — ¡Cumpliré mi promesa!, ¡juro que la pensaba cumplir! — continuó al momento en que Melvin se detuvo a dos pasos de distancia. El silencio del cementerio fue perturbado por el gemido grotesco de Melvin acompañado de un zumbido.

El reverendo completamente paralizado por el miedo sintió un leve golpe en la cabeza que le pareció menor a lo que esperaría viniendo de una pala. Vió como la mano de Melvin soltaba el mango de la pala al tiempo que sentía correr por su mejilla un hilillo tibio. Cayó de rodillas con la pala incrustada en el cráneo. « perdón... había olvidado mi promesa » pensó justo antes de desplomarse en el suelo.

Capítulo 8

Robert Shannon

La posada era mucho más elegante de lo que había esperado Robert al verla desde afuera. Constaba de una larga barra donde cabrían unos quince hombres acodados y más de ocho mesas ubicadas alrededor. Si bien podría decirse que la ubicación era bastante remota lejos de cualquier pueblo, la posada tenía bastante concurrencia ya que quedaba justo en el cruce de la ruta del comercio y el camino del Santo y era conocido por todos los viajeros que recorrían estos caminos.

El Sr. Morgan lo había convencido de detenerse en la posada donde se reuniría con quienes llamaba "sus socios" por asuntos de negocios y de paso podría ponerlo al tanto sobre el misterioso asunto que a criterio de Morgan era de gran interés para Robert.

En el sitio había bastante gente, aproximadamente la mitad de la capacidad de la posada estaba ocupada. Un bardo y su lira alegraba el ambiente con música de lo más pintoresca.

Eligieron una mesa que quedaba cerca de la ventana y por invitación del propio Morgan, pidieron a la encargada que les regara la mesa con el mejor hidromiel de la posada.

— Un hombre llegó — Declaró Morgan con aires de misterio.

El misterio lo irritaba, le gustaban las conversaciones directas y claras, pero se había dispuesto de tal manera de atender al relato de su viejo amigo sin interrumpirlo.

— Te causará gracia, yo mismo me reí en un principio no lo creía. Pero este hombre. Escucha bien. Este hombre es un Lord; o fue un Lord no estoy seguro —. Robert no pudo evitar que se le formara una sonrisa en la cara.

— Aahjj... ¿Esto es una burla? No existe tal cosa en Liberado. ¿De que estas hablando? — Exclamó Robert pasmado y cansado del asunto de los Lores.

— Este hombre no es de Liberado, viene del otro lado del mundo — continuó Morgan. — Desembarcó hace poco cerca de la terraza del diablo. Planea iniciar una rebelión y Liberado es parte crucial de su plan.

— ¿Así que ahora Liberado, la tierra más pobre, humilde, pacífica y olvidada se revelará a la corona?. Morgan amigo, he escuchado historias menos ridículas de personas totalmente locas. Este tema ya me esta cansando, ¿de que se trata ese asunto que tanto me puede interesar ? — Robert se sentía ansioso y exasperado. Se encontraba atrapado en una ridícula conversación por cortesía y no paraba de pensar el tiempo que

estaba perdiendo.

— Robert, tu lo sabes bien. Ayúdanos a instaurar un sistema. A civilizar nuestra tierra. Ya es tiempo de que nos presten atención y Liberado vuelva a estar en los mapas. — Dijo Morgan como si la respuesta a la pregunta de Robert fuese evidente.

Robert se había cansado hace tiempo de intentar cambiar la situación de Liberado y solo vivía para él mismo y su familia. Poco le importaba lo que quisiera hacer Morgan y su misterioso Lord del otro lado del mundo. — Creo que te equivocaste de persona, yo no estoy interesado en nada de eso. No veo porque pensaste que me podía interesar. — Finalizó Robert terminando su hidromiel de un trago.

— Mira ahí están mis socios déjame que te presente. ¡Caballeros por aquí!
— Morgan hizo un gesto a dos hombres que en ese momento ingresaban a la posada.

— Robert Shannon, estos son mis socios el Sr. Sherman y el Sr. Ross — Robert saludó a los hombres a medida que se ubicaban en la mesa y Morgan pedía más hidromiel para sus invitados.

La familia Morgan siempre había sido hábil para entablar negocios. Robert no quería ser descortés, pero la verdad era que nada le interesaban las conversaciones de Morgan y sus socios. La propuesta de participar de la rebelión de Liberado le parecía absurda e infantil y no le generaba el más mínimo interés. Decidió que los acompañaría hasta el almuerzo y luego seguiría su camino.

Las caras de Sherman y Ross parecían más que ansiosas al hablar con Morgan, lo que llevó a Robert a prestar más atención de lo que hablaban.

Ambos trabajaba la minería y Morgan quería comprarles toda su producción y llevarla a Mina Colorada con el plan de reactivar las viejas herrerías. A juzgar por las caras de sus socios, esto significaba una gran inversión para Morgan que además quería contratar a todos los herreros tanto de Sherman como de Ross. Finalmente ambos se despidieron tras firmar unos papeles y estrechar sus manos.

— ¿Otro negocio cerrado verdad? — dijo Robert intentando hablar de algo. Hacia un buen tiempo que se sentía un adorno más de la posada.

— Si, con estos dos y el viejo Wales tengo todas las minas de Liberado — respondió Morgan mientras guardaba sus papeles satisfecho.

Con el último acorde del bardo llegó la comida a la mesa, como si todo hubiese estado orquestado para que suceda de esa manera. La carne que sirvieron a Robert no era desagradable, pero no se comparaba con lo que él mismo producía. « Con el hambre que tengo cualquier carne sabrá como la mejor de La Pradera. » Pensó Robert al tiempo que el bardo

comenzaba a repetir su repertorio.

— Imagínate Robert, Liberado pieza clave del reino. Y tú podrías tener un alto cargo — dijo Morgan sin dejar de masticar.

— Jajajajaja, ¿pieza clave?... — La risa de Robert sonó por momentos más alto que el bardo. Las palabras de Morgan no podían ser otra cosa que un chiste. — Has perdido la razón, apenas intentes hacer algo de ruido Lord Rickard te doblara un río dentro del culo él mismo con su pico y su pala. — ¿Y como piensas convencer a la gente de Liberado para que te apoye? — quiso saber Robert.

— Eso ya lo veré más adelante — dijo Morgan cambiando su semblante al de una persona que habla muy en serio. — Lo primero será saber con quién puedo contar y con quién no — Finalizó Morgan.

— Agradezco mucho tu oferta, pero creo que has estado demasiado tiempo viajando bajo el sol. Por qué no mejor terminas tu almuerzo y descansas un poco a la sombra de algún árbol antes de seguir el viaje. — dijo Robert al tiempo que finalizaba su comida, se limpiaba los labios con un pañuelo y se ponía de pie.

— Debo retomar mi viaje — dijo Robert mientras soltaba unas monedas sobre la mesa. — Fue un gusto volver a verte. Espero que tengas suerte con tus... proyectos. — Sin más palabras Robert estrecho la mano de Morgan y salió de la posada en dirección a su caballo.

— Nos volveremos a ver pronto, piensa en lo que te he dicho — insistió Morgan cuando Robert pasó frente a la ventana.

— No hay nada que pensar — replicó Robert.

Montó en su caballo y emprendió viaje por el camino del santo directo al poblado de Los Feos « Si me doy prisa podré llegar antes de que anochezca » Pensó Robert al tiempo que taloneaba a su caballo.

Capítulo 9

Clara McCoy

Alzó la vista para poder contemplar las estrellas con la esperanza de que el frenético mar de pensamientos se calmara y le permitiera razonar sobre los últimos eventos.

Antes que nada estaba su bebé. Se había tenido que desprender de él y lo había enviado sólo con Margaret a la casa de sus padrinos. La despedida había sido dura, tan dura como había decidido que fuera. Su niño debía ser fuerte y de nada le serviría una despedida dramática y cargada de sentimientos. Clara había pensado mucho tiempo en ese momento, si se hubiese dejado llevar por sus impulsos seguramente lo habría abrazado con mucha fuerza y llorando. « Eso solo le habría llenado el corazón de miedo. » se dijo a sí misma.

Habían detenido el carruaje en el resguardo de unos árboles cerca del camino para pasar la noche. William y Carl preparaban el campamento, habían juntado ramas para una fogata y no la dejaban colaborar con nada.

— Recuéstate y descansa — dijo William — Nosotros encenderemos el fuego. — había agregado Carl. A Clara le parecía que tan solo ayer tendrían la edad de Clay, en cambio hoy ya son dos hombres. Al mirarlos se le representó la viva imagen de Robert. « ¿ Dónde te habrás metido ? » pensó con preocupación.

Robert nunca había llegado tarde. Nunca. El primer día le había dicho esas palabras a Jesse, pero Jesse, terco como una mula, se había negado a pensar que algo sucedía. — Quizás se retrasó en algún cruce — Le respondió Jesse despreocupado y restándole importancia al tema. Luego pasaron dos días, y tres y una semana. Llevaba veintitrés días tarde, Clara tenía la certeza de que algo malo había pasado. Robert nunca había llegado ni un día tarde. « ¿ Dónde te habrás metido ? ».

— Lo vamos a encontrar — dijo William al tiempo que se acercaba. Clara no se había dado cuenta de que ya tenían todo listo. La fogata encendida y un par de conejos asándose en el fuego.

— Lo sé — respondió Clara con voz calma, no quería parecer demasiado preocupada. Pretendía no asustar a sus hijos. Sin embargo no pudo evitar que una lágrima se le desprendiera. La secó rápidamente deseando de que William no la hubiese notado pero era inútil, William lo había observado todo.

— Lo encontraremos en Los Feos, te lo aseguro. Y si no está ahí de todas formas encontraremos a alguien que nos diga dónde está. Vamos no te preocupes, comamos algo, la cena esta lista. Carl atrapó conejos gordos — Dijo William intentando crear un ambiente positivo. « Cómo ha crecido »

Clara se sentó en torno a la fogata en medio de Carl y William dispuesta a calmarse y llenar su panza. El discurso de William, aunque había sido simple se había colado en su corazón y se sentía más optimista que nunca.

— El de la izquierda corrió como el viento, pero yo fui más listo, cortando camino evité que se metiera en su madriguera y salte sobre él como un rayo — Contaba Carl emocionado y ansioso por saborear la carne que había atrapado en toda su gran hazaña.

— Hiciste un gran trabajo, gracias a dios contamos con un gran cazador entre nosotros — Dijo sonriéndole a su hijo. Si bien Carl tenía solo diez años, ya era todo un cazador. De las actividades de la granja, cazar era su favorita y desde muy pequeño había corrido detrás de conejos, palomas y armadillos.

— Si seguimos con el ritmo que traemos, mañana llegaremos a Los Feos. — Dijo Clara mientras probaba el exquisito banquete. — Debemos ir directo a la taberna, seguramente lo encontramos nadando en hidromiel — Dijo Carl en tono de broma. — Si es así te aseguro que arrastraré a tu padre hasta La Pradera de las orejas. — Contestó Clara sin dejar de sonreír. — Como sea será mejor descansar, mañana sera un largo día — Finalizó William. Clara pudo ver el cansancio en la cara de su hijo. « Está tanto o más preocupada que yo » supo al instante « No solo le preocupa encontrar a su padre, también está muy preocupado por mi angustia » reflexionó.

— Es verdad, vamos a dormir muchachos — Dijo levantándose del campamento e intentando quitarle la carga de los hombros a William.

— ¿Y que hacen tan lejos de La Pradera? — dijo una voz demasiado familiar a espaldas de Clara. «¿ William ?» pensó, al tiempo que veía a William dormido a pocos metros frente a ella. Se incorporó rápidamente

de su cama.

— Una mujer y sus hijos viajando solos puede ser peligroso — Agregó la voz que no podía ser de otro que de Robert.

— Te fuimos a buscar — respondió Clara entre llantos. — No volvías y tuvimos que salir a buscarte, nunca habías llegado tarde — agregó sin parar de sollozar. Quería correr a abrazarlo, pero una fuerza interior invisible no se lo permitía.

— No debieron dejar La Pradera, hay que cuidar el granero que tanto trabajo nos ha dado — dijo la voz calma de Robert.

— ¿ Qué otra cosa podía hacer ? No llegabas, estaba segura de que algo malo te había pasado.

— Podrías haber enviado a Jesse a buscarme, hay que cuidar el granero que tanto trabajo nos ha dado — El tono de Robert era calmo y sereno y su mirada parecía estar a cientos de kilómetros de distancia clavada en el granero.

— Jesse es un ebrio holgazán, no te habría encontrado aunque estuviese parado enfrente tuyo — espetó Clara sintiéndose algo mareada, el reclamo de Robert le parecía injusto.

— Jesse es un buen hombre, lo conozco confío en él — replicó Robert. — Debiste dejar a alguien para cuidarlo, hay que cuidar el granero que tanto trabajo nos ha dado — insistió Robert.

— Es solamente un granero — dijo clara explotando en lágrimas. Se sentía triste y no comprendía el reclamo de Robert.

— ¡No! — Respondió Robert enojado y de manera sorpresiva clavando la mirada directo en sus ojos.

— ... pero Robert, nadie sabe que existe y es tan solo un granero — insistió Clara angustiada y confundida por la reacción de su esposo. Robert se acercó con cautela hasta el punto en que estuvo a solo unos centímetros de su rostro mirando nuevamente a cientos de kilómetros de distancia. Clara sentía que su habitación giraba aleatoriamente, por la ventana pudo ver a Jesse que la observaba con reprobación. Rino y Batuque se ladraban mutuamente mientras Kala le tironeaba del vestido. En ese entonces Robert la miró nuevamente directo a los ojos con desprecio. Un desprecio que jamás antes había visto.

— ¡No! — Le gritó justo al tiempo en que Clara despertó de su pesadilla.

— Tranquila mamá es solo un sueño — dijo Carl que la observaba desde el lugar que había elegido para dormir. A pesar del aire fresco de la noche, se encontraba empapada en sudor. « Que pesadilla tan real » pensó todavía exaltada.

— ¿ Lo siento hice mucho ruido ? ¿ te desperté ? — le preguntó a su hijo.

— No... todavía no me había dormido. Estaba mirando el cielo. Las estrellas no me dejan dormir son muchas. ¿ Con qué soñabas ? — Preguntó Carl.

— Con nada... no importa... ya no lo recuerdo —.

A la mañana siguiente retomaron el viaje con los primeros rayos del sol, querían dejar el camino del santo antes del mediodía. Una vez que tomaran la ruta del comercio el viaje sería más rápido y sencillo y en pocas horas llegarían a Los Feos.

Clara conducía el carruaje grande y Carl el pequeño. William iba adelante en su caballo haciendo las veces de jinete de avanzadilla. El recuerdo de la pesadilla de la pasada noche se había adherido a su mente y todavía tenía la sensación de que la conversación que había tenido con Robert había sido real. De pronto William aminoro la marcha hasta quedar situados en medio de los dos carros.

— Creo que tenemos compañía — dijo en tono serio que no le faltaba preocupación.

— A la derecha a unos doscientos pasos tras las rocas, lo vi hace poco pero creo que nos está observando y nos sigue.

— No miren, disimulen. Que crea que no lo hemos visto. —dijo Clara en un esfuerzo por superar su propia curiosidad.

Un hombre desgredado y con el torso desnudo se ocultaba tras rocas y arbustos sin perder distancia de los carruajes. « Seguramente busca el momento oportuno para el asalto» pensó Clara sin dejar de observar el camino.

— Carl, acerca los cuchillos que están en tu baúl sin hacer mucho escándalo. — Dijo Clara intentando no llamar la atención.

— Solo dos, yo tengo mi falcata — dijo William.

— Si intenta algo es hombre muerto — finalizó Carl al tiempo que mostraba a su madre que ya tenía listas las armas.

El hombre ganó terreno y los observó, siempre intentando ocultarse. Hasta que decidió mostrarse erguido frente a su escondite. Se acercó unos pasos con la mirada clavada en su rostro.

Clara palpó el pomo del cuchillo mientras observaba a William desenvainar lentamente su falcata. El hombre se detuvo a unos pocos pasos del camino, mirando, siempre mirando. Clara nunca había visto a

un tipo tan horrendo. Tenía un aspecto desalineado y llevaba unas marcas de cicatrices en el pecho. Pasaron por enfrente del hombre siempre con la vista clavada en los ojos uno de los otros. Clara apretó fuertemente el pomo de su cuchillo y se lo imaginó hundiéndose en la carne. Nunca había tenido que herir a nadie, pero si alguien intentaba atacar a sus niños no lo dudaría. El hombre no pronunció ninguna palabra, tampoco se movió. Tampoco Clara pronunció siquiera un intento de saludo. Por un momento todo fue tenso, hasta que lo dejaron atrás y lo perdieron de vista. — Que sujeto tan extraño — comentó William al momento que tomaban la ruta del comercio.

Capítulo 10

William Clark

La mañana comenzó tensa. No había pegado un ojo en toda la noche. El día anterior había pasado la mayor parte del tiempo discutiendo con Ángela.

— Es solo un niño — habían sido las palabras que más había repetido su esposa. Pero William bien sabía que ya no podían tratarlo como un niño.

— Tiene trece años, tratarlo como un niño no servirá de nada. Ves como me ha desobedecido y se ha refugiado en la gente que lo apoya para salirse con la suya. Piénsalo bien, el lugar más peligroso para él en este momento es Piedra Sola. — Había intentado razonar William, pero parecía que Ángela no quisiera oír de razones.

— ¿Acaso no te das cuenta ?. Por si no lo notaste nuestro hijo nos ha ignorado. Fue a la batalla, se expuso al peligro a pesar de que le ordenamos que se quedara en La Piedra. ¿Qué crees que va a pasar cuando Piedra Sola comience a formar el ejército?. Te diré que pasará, nuestro hijo estará en primera fila junto al hijo de Roger Marshall siguiendo las órdenes de ese patán y actuando de manera estúpida. No podremos hacer nada para evitarlo. — Había insistido William.

Piedra Sola formaría un ejército, todos querían que William estuviera a cargo de liderarlo, pero había argumentado no sentirse capacitado para tal tarea, desconocía por completo las artes de la guerra. La sorpresa del bosque, como habían dado a llamar a la batalla que él mismo había liderado había sido planeada por meses y a fines de cuentas resultó desmayarse rápidamente en el campo de batalla.

William Clark no era un hombre de guerra por lo que ofreció apoyar con la administración de las cuentas y el papeleo que se requería para llevar adelante la campaña «No te hagas cargo de una responsabilidad con la que después no quieras cumplir» se había dicho a sí mismo. Roger Marshall por su parte no perdió el tiempo en ofrecerse a liderar el ejército, fue en ese momento en que William se dió cuenta del error que había cometido, pero ya era tarde para dar marcha atrás.

— En qué momento empezó a ser tan importante un campesino que vive tan lejos como para que pongamos en riesgo a nuestro niño! — argumentaba con desesperación su esposa sin hacer ademán alguno de

haber escuchado al menos una de sus palabras.

— Tus palabras hieren, sabes que Robert ha sido como un hermano para mi, y nuestras familias siempre han sido amigas — Cortó William de manera brusca. El reproche de su esposa le parecía insolente.

— La decisión está tomada — dijo William enojado por la reacción de su esposa que solo lloraba y parecía no escucharlo. — Viajará para ayudar a la familia Shannon en la búsqueda de Robert. Así ayudaremos a estas buenas personas y de paso alejaremos a Ronn de la influencia de los Marshall. — Finalizó William de manera brusca.

El sonido de las cucharas contra los platos era lo único que se oía durante el almuerzo. William tenía la vista clavada en su estofado, al igual que su esposa y su hijo.

— Hay un hombre perdido — comenzó William luego de limpiar sus labios con una servilleta. — se trata de un buen amigo, Robert Shannon. — William dirigió su mirada a Ángela que no dejaba de mirar su plato. Su hijo tampoco lo miraba, le había esquivado la mirada desde que volvieron de la batalla. — Recibí una carta de su hermano hace unos días preguntando si teníamos alguna información con la que podamos ayudar a dar con su paradero. Por desgracia la última vez que vi a Robert fue en su propia casa antes de la cosecha. El último paradero conocido según su familia es en el poblado de Los Feos. Ronn, quiero que vayas a reunirte con su familia y ayudes con la búsqueda — Finalizó sin dar espacio a discusión.

— ¿Qué pasará con el entrenamiento? — Preguntó Ronn sin salir del asombro. Daba por descontado formar parte del ejército de Piedra Sola.

William miró fijamente a los ojos de su hijo con el semblante más serio y severo que había mostrado jamás.

— El reverendo Thompson enviará un aprendiz a hacer el camino del santo repartiendo la Fé. Le pedí que te hiciera un lugar en su carruaje para llevarte hasta Los Feos. Colabora con el aprendiz en lo que puedas ayudar y al llegar a Los Feos quedaras al mando de los Shannon hasta dar

con el paradero de Robert. — finalizó William y continuó con su almuerzo de manera calma y con seriedad.

El silencio se hizo nuevamente en un instante, Ronn se levantó repentinamente y sin mediar palabra se retiró de la estancia sin haber terminado su almuerzo al tiempo que Ángela comenzaba nuevamente a sollozar.

Se sentía ofuscado y triste por la decisión que se había visto obligado a tomar y por tener que actuar de manera tan severa con su hijo. Pero lo que más le molestaba y lo hacía sentir enojado consigo mismo era no contar con el apoyo de su esposa.

Al día siguiente se reunió con el reverendo Thompson antes de que el partiera el carruaje. El aprendiz que haría el camino del santo se encontraba acomodando pertenencias y víveres en el carruaje. Era un muchacho como de la edad de Ronn, tal vez un poco mayor y bastante más obeso. A William le pareció que la manera de moverse de aquel chico era más parecida a la de un niño de corta edad que aún no descubre completamente el tamaño ni las posibilidades de su propio cuerpo.

— Buenos días Reverendo — dijo al acercarse lo suficiente. El reverendo Thompson se encontraba sentado observando las tareas de su aprendiz.

— Buenos días Sr. Clark — respondió el reverendo.

— Veo que ya está casi listo para partir. Ronn estaba terminando de empacar sus cosas y pronto estará aquí.

— A juzgar por el ritmo que ha llevado Adrien le puedo asegurar que puede tomarse su tiempo. — dijo el reverendo resignado.

— Veo que el muchacho no cuenta con mucha habilidad — Agregó William sin querer faltar el respeto al chico.

— ¿ No cuenta con mucha habilidad ? Jaja. — rió irónicamente el reverendo — Este muchacho ha nacido con dos manos zurdas y los pies enredados... Ahj — suspiró Thompson con resignación — Espero que este viaje lo ayude a mejorar sus habilidades, si sigue con su rutina de orar y comer pronto tendré que hacer agrandar las sillas y las puertas de la parroquia. — El sarcasmo del Reverendo no le era habitual a William y le sonaba de lo más extraño.

— El viaje le hará bien también a Ronn, valerse por sí solo le ayudará a valorar más lo que tiene aquí en La Piedra. Además lo mantendrá lejos de la locura del ejército que se está fraguando por aquí. — Las palabras que pronunciaba estaban cargadas de esperanzas por el bien de su hijo.

— No me hubiese imaginado que estuviese en contra del ejército — dijo el reverendo extrañado.

— Es difícil de explicar reverendo, necesitamos la protección que el reino ha olvidado que debe brindarnos. Pero nuestra gente... pienso que es impetuosa, y algo inmadura también. Necesitamos un ejército, pero no

creo que estemos preparados para formar uno. Contar con un ejército puede ser... en ocasiones más peligroso que no tenerlo. — Había armado la explicación a medida que avanzaba en el diálogo y pensaba que sus palabras no se entenderían

— Ya veo... — dijo el reverendo meditando sobre las palabras de William.
— Sería como darle una espada a Adrien. No dudo que medianamente pueda esgrimirla. Tampoco dudo de sus buenas intenciones para el uso que pueda darle. Pero dios sabe que ese muchacho con una espada en la mano, a pesar de sus intenciones sería peligroso incluso para él mismo. — La comparación le parecía perfecta a William.

— Le he dado la misión de llevar la Fé por el camino del santo no por ser el aprendiz más destacado, sino por su propio bien. Necesita realizar ese viaje más que nadie. Tendrá que aprender a cazar en el bosque, a hacer fogatas para combatir el frío y sobre todas las cosas a racionar la comida. Espero que tu muchacho pueda enseñarle ese tipo de cosas — quiso saber el reverendo con ansiedad.

— Sin dudas, y yo espero que tu muchacho pueda enseñarle sobre humildad y acercarlo más a las buenas costumbres y la Fé — Replicó William

— Adrien no será mi mejor aprendiz pero es muy buen chico, humilde y servicial. Sin dudas tu hijo podrá encontrar buenas costumbres en él — respondió el reverendo complaciendo las esperanzas de William.

En ese momento Ronn llegó con su caballo de tiro cargando con su equipaje.

— Buenos días Reverendo Thompson — saludo Ronn sin siquiera mirar a William.

— Buenos días chico, Adrien te espera, lleva tu equipaje para que lo acomode en el carruaje — respondió el reverendo.

— Buenos días hijo — pronunció William a lo que recibió como respuesta una total indiferencia por parte de su hijo.

Ronn se dió media vuelta y se unió a Adrien para cargar sus cosas en el carruaje.

— Me odia por alejarlo del ejército. — dijo con amargura al reverendo. Su estómago se había cerrado con el comportamiento de su hijo y tenía la sensación de un cuchillo atravesado en la garganta.

— Es solo un muchacho, ya se le pasará — quiso consolarlo del reverendo.

Con la ayuda de Ronn, los dos muchachos estuvieron rápidamente listos para emprender su viaje. El reverendo Thompson se acercó a Adrien para entregarle un paquete con cosas de último momento y darle las últimas instrucciones a su aprendiz.

William por su parte se acercó a su hijo para despedirlo.

— Me agradecerás por esta aventura cuando vuelvas. — Dijo William intentando cortar la tensión que había entre él y su hijo, pero la respuesta de Ronn continuó siendo el silencio y la indiferencia.

— Cuando llegues a Los Feos. Pregunta por Clara McCoy o la familia Shannon. ¿Recuerdas a los hijos de Robert?

— Recuerdo a William — reconoció su hijo de manera hosca. «Al menos logre que pronunciara algunas palabras» pensó William saboreando algo parecido a un triunfo.

— William y el más chico se llama Carl. Ayúdalos a encontrar a su padre. Si fuera yo quien estuviese perdido, estoy seguro de que ellos te ayudarían a encontrarme — Dijo William intentando transmitir lo importante que era la familia Shannon para él.

— Si tu fueras quien estuviese perdido, les desearía suerte en la búsqueda y me echaría a dormir — Dijo Ronn al tiempo que lo miraba con desprecio. William sintió el dolor de una puñalada en medio de su pecho. La insolencia de su hijo le dolía más de lo que lo enojaba.

— Veo que llevas tu falcata — dijo observando que su hijo había enfundado la falcata en su cadera más en forma de arma que de herramienta.

— Recuerda que el hombre de verdadero valor nunca deberá desenfundar un arma contra otro hombre — dijo a su hijo con la esperanza de que su hijo use más el cerebro que las manos.

— El hombre de verdadero valor para ti, es entonces un cobarde — Finalizó Ronn picando espuelas y alejándose en dirección al camino del santo.

— Adiós Sr. Clark — dijo Adrien — y muchas gracias por todo — dijo el muchacho regordete echando a andar el carruaje.

— Adiós Adrien, buen viaje. — dijo finalmente William sintiendo aún el dolor de una puñalada en el pecho.

Capítulo 11

Robert Shannon

— ¿ Esos son todos sus cuchillos ? — Preguntó al mercader.

— Los mejores que se pueden encontrar en Liberado. — aseguró el hombre con confianza. Tenía un aspecto amable por demás y el tamaño de las manos ponía nervioso a Robert. Sus manos eran pequeñas casi como las de un niño. No eran para nada habituales en un hombre tan mayor. Se las frotaba constantemente cada vez que Robert miraba con detenimiento alguno de sus productos.

— Quiero ver los cuchillos de mayor tamaño que tengas — dijo en tono calmado y solemne.

— Las falcatas están en esta otra vitrina — aclaró el mercader al tiempo que señalaba al mostrador de enfrente.

La colección era impresionante, toda clase de hojas y empuñaduras. Algunas representaban animales, águilas, caballos, cuervos incluso una parecía tener forma de búho. Se detuvo a observar una empuñadura cuyo animal le era imposible de descifrar y luego de unos instantes decidió que sería un león o un buey.

Otras empuñaduras eran simplemente elegantes, de oro y plata. Había una empuñadura que estaba adornada con piedras preciosas. Robert se tomó su tiempo para verlas una a una y meditar sobre cuál sería la más adecuada para Clay.

— ¿ Y le puede grabar una inscripción ? — consultó al mercader mientras éste no dejaba de frotarse las manos.

— Grabamos todo tipo de inscripciones sin costo alguno en la falcata de su preferencia — respondió rápidamente el individuo con aspecto de roedor.

— ¿ Es para un regalo ? — agregó el mercader.

— Si es para mi hijo pequeño que cumplirá ya su quinto año y quisiera que le graben su nombre "Claymore Shannon" — el orgullo que sentía por su hijo era evidente en el tono de voz que había utilizado.

— Bien ya lo he decidido. Llevaré la de esta punta — dijo Robert al tiempo que señalaba la falcata de su elección. El mercader dejó de frotarse las manos y lo miró con seriedad.

— No prefiere llevar algo más elegante, tal vez de oro o plata, o con forma de algún animal tenemos esta preciosa empuñadura con forma de Ciervo — dijo el mercader mientras señalaba lo que Robert había pensado sería un león o un buey. — Primer falcata hay una sola — agregó intentando de convencer a Robert.

— No, ya está decidido, llevaré la empuñadura de madera. — Una empuñadura simple, de madera y cuero. Le parecía más equilibrada que cualquier otra y seguramente mucho más cómoda que estar empuñando a un león o un buey.

El mercader parecía decepcionado con la elección de Robert. Pagó por

la mercadería y quedó de pasar a buscarla más tarde, luego de que el mercader hiciera el grabado.

— ¿ Donde venden los mejores carruajes ? — Consultó al mercader antes de retirarse.

— Hay un carpintero cerca del centro que hace buenos carruajes, por la calle principal. Pero considerando sus gustos debería ir con el verdulero Tom, tal vez tenga alguna calabaza que pueda cortar y ponerle ruedas. — Dijo el mercader aún reprochando la elección de Robert.

— Muchas gracias — dijo sonriendo en un tono que no carecía de amabilidad — nos veremos más tarde. — finalizó al tiempo que salía de la tienda.

Dejó a su caballo en el abrevadero para que descansara a unos pocos metros de la tienda y decidió seguir caminando hasta el centro que no estaría muy lejos de ahí. Se dirigió a la calle principal pasando por uno de los callejones que comunicaban las calles importantes del pueblo. Al llegar pudo ver un local rodeado de carruajes nuevos que no podían ser otra cosa que la carpintería de la que le había hablado el mercader, por lo que comenzó a caminar en esa dirección. En la calle del centro habían todo tipo de tiendas donde se podían conseguir telas, carne o verduras. También había una posada de la que salía musica alegre. Dos hombres salieron de la posada por la que pasaba y le bloquearon el camino. Robert los miro extrañado, sus rostros se le hacían conocidos.

— Pero si no es otro que Robert Shannon — dijo una voz que provenía de la posada. — Nos volvemos a encontrar — agregó el Sr. Morgan que salía para unirse a Ross y Sherman.

— Pensé que seguirías la ruta del comercio — exclamó Robert sorprendido.

— Resulta que me pareció más importante saber si has pensado en la propuesta que te hice. — Insistió Morgan.

— Sigues con eso, estás loco Ernest, te dije que no tenía nada que pensar. — dijo Robert pasmado por el asunto.

— Está bien entonces déjame cambiar mi propuesta — siguió Morgan. — Quiero comprar tu granero.

— ¿Granero? — « como sabe del granero » pensó.

— Se todo del granero, no te hagas el tonto. Se que lo mantienes en secreto. — Morgan siempre estaba demasiado informado. Pero el asunto del granero se había mantenido en secreto y muy pocos sabían de él.

— El granero no esta a la venta. — apuró Robert.

— Necesito ese granero Robert, no me lo hagas difícil. Si no me lo vendes lo tendré que tomar por la fuerza. — Ernest Morgan no bromeaba.

— ¿ Me estás amenazando ? — la pregunta de Robert se contestaba sola, pero se sentía confundido y enfadado a la vez.

— Agárrenlo muchachos — ordenó Morgan a sus hombres.

Robert esquivó el intento de Ross de tomarlo por el brazo y lo empujó dejándolo tendido en el suelo. Sherman saco un cuchillo y amenazó a Robert, pero Robert se dió media vuelta y salió corriendo.

— Rápido a los caballos — escuchó a Morgan ordenar a sus hombres.

Corrió por el callejón que salía a la tienda para llegar hasta el

abrevadero donde había dejado su caballo. Montó lo más rápido que pudo y salió como el viento del pueblo por el camino del santo por el que había llegado. Un mar de pensamientos le daban vueltas en su cabeza.

« ¿Como supo del granero?... — Necesito ese granero — » resonó la voz de Morgan en su cabeza.

El corazón de Robert latía a toda prisa mientras cabalgaba como si no hubiese un mañana. El granero ni siquiera era suyo, sino de las familias de La Pradera que habían ayudado a construirlo.

« No puedo dejar que nos quite el granero por el que tanto hemos trabajado... — Si no me lo vendes lo tendré que tomar por la fuerza. — » volvió a resonar la voz de Morgan en su cabeza.

Miró para atrás pero no habían señales de que lo siguieran.

« Me estoy alejando de La Pradera. » Las frases de Morgan aparecían resonaban en su mente

« — Con estos dos y el viejo Wales tengo la mitad de las minas de Liberado — » Morgan hablaba más que en serio. « Se está armando... ». Las ideas le iban cayendo como las primeras gotas de una lluvia de verano. La rebelión de la que Robert tanto se había reído estaba comenzando.

«Clara» pensó al darse cuenta del peligro que corría su familia. Se detuvo en medio del camino sin dejar de mirar en dirección a Los Feos.

« uno contra tres, estoy perdido » no paraba de pensar, necesitaba buscar ayuda. Decidió dejar de huir y esconderse en el bosque.

— Deberíamos verlo desde aquí! — dijo Sherman que se detuvo en medio del camino.

— ¿Seguro que tomó este camino? Tal vez sigue oculto en la ciudad — respondió Ross. Robert los observaba atento desde su escondite.

— Argh!.. Volvamos — finalizó Sherman ofuscado. Con lo que Robert pudo respirar aliviado.

Intentó calmarse y ordenar sus pensamientos. « Tengo que hablar con William, él sabrá que hacer » supo Robert. Si cruzaba el bosque podría llegar a la ruta del comercio que conducía a Piedra Sola. William podría ayudarlo a cuidar de su familia.

Se internó bosque adentro, caminó durante horas con su caballo de tiro hasta que se hizo la noche. Los pies le dolían como el infierno y sentía mucha hambre y frío, pero no se detuvo. Siguió caminando hasta el amanecer y durante todo el día hasta que se hizo de noche nuevamente. Pronto sintió que si no comía algo caería desmayado así que se detuvo un momento, comió algo de pasto y todas las frutas que pudo arrancar de un

arbusto. Continuó avanzando hasta llegar a una pequeña cañada. Se inclinó desesperadamente para beber agua. Luego trajo su cantimplora para poder llenarla, en el momento en que se ponía de pie sintió un fuerte golpe en la cabeza.

Despertó atado a un árbol y rodeado por Morgan y sus hombres.
— Robert... tan predecible. Era de esperar que intentarías atravesar el bosque para ir corriendo a los brazos de tu querido William Clark. Tus pensamientos son fáciles de leer. Lo mismo fue aquel día. Sabía que no te quedarías de brazos cruzados cuando todos te dieron la espalda. Al año siguiente cuando revise los números del mercado comencé a sospechar lo del granero. La Pradera puede producir mucho más de lo que últimamente aparece en las cosechas. Revisé los campos en un principio pensando que podía estar equivocado, tal vez tenían algún problema con las siembras. Pero todo estaba en orden. Me sentí destrozado al saber que no me habías incluido en tus planes. A pero seguramente Clark estaba involucrado, siempre fueron muy unidos ustedes dos. — La lucha por desatarse era inútil.

— Negociemos Ernest. — Dijo intentando razonar con el Sr. Morgan.

— Veras Robert, ya pasamos de eso. Las oportunidades para negociar quedaron atrás. Ya no puedo arriesgarme, si te libero podrías hablar en mi contra y te confesaré algo. Es verdad que tengo un ejercito, te hablé de él pero te reíste de mi, lo que no tengo son armas. Si Clark me enfrentara en este momento estaría perdido. Dejarte libre es demasiado riesgo, y soy un hombre de negocios, no me gusta correr riesgos. — dijo Morgan confiado.

— ¿ Que vas a hacer asesinar a sangre fría ? — Nunca había sentido una impotencia tan grande como en aquel momento.

— Aún no lo decido... Por lo pronto debo evitar que hables. Muchachos, hay que cortarle la lengua.